

11-16  
1869  
**¡DIOS SALVE AL PAIS!**

**¡DIOS SALVE AL REY!**

---

MANIFIESTO Á LOS SEÑORES DIPUTADOS

POR

**ROQUE BARCIA.**

---

EDITOR, JOSÉ MARÍA FAQUINETO.

---

**Precio en toda España: 2 reales.**

MADRID: 1869  
IMP. DE LA VIUDA E HIJOS DE M. ALVAREZ,  
calle de San Pedro, núm. 16, bajo.

Archivo Municipal de Huelva

Fondo Díaz Hierro

R. 10207

**¡DIOS SALVE AL PAIS!**

**¡DIOS SALVE AL REY!**

---

MANIFIESTO Á LOS SRES. DIPUTADOS.

POR

**ROQUE BÁRCIA.**


MADRID: 1869.

---

EMPRESA DE LA VIUDA E HIJOS DE M. ALVAREZ,  
calle de San Pedro, núm. 16.

1910S 27/11E AL BETA

1910S 27/11E AL BETA

MANIFIESTO A LOS SEÑORES

SEÑORES

BOQUE BARRA

Archivo Municipal de Huelva

Fondo Diaz Hierro

R. 10207

## Señores Diputados:

Nunca os molesté, y me parece que tengo algun derecho á vuestra indulgencia. Un defecto físico, de que no soy responsable, me impidió tomar parte en las luchas del Parlamento. Permitid que os diga desde mi tribuna, que es la imprenta, los pobres pensamientos que laten en mi mente, que se agitan en mi corazón.

Conozco, señores Diputados, que en esa Cámara seré hoy mal visto. Conozco que llego á vosotros bajo un peso muy grande: el peso natural de la derrota. A los hombres de Villarejo, á los mismos hombres que están en el poder, se les llamó en Madrid públicamente *latro-facciosos*. Y, sin embargo, aquellos hombres que fueron tan villanamente insultados con el feo nombre de LATRO-FACCIOSOS, fueron recibidos mas tarde en Madrid bajo arcos de triunfo, y quizá los mismos que tan feamente les insultaron, pusieron luces y colgaduras en los balcones de sus casas, y arrojaron flores á la calle en el momento de *pasar los héroes*. Advierta la Cámara cuán grande fué la mutacion de escena. Los *latro-facciosos* de ayer, son los *héroes* de hoy.

Porque siempre en casos tales,

Los vencidos son traidores,

Los vencedores leales.

En los pueblos de raza latina; en estos pueblos, hijos de Atenas y de Roma; en estos pueblos adoradores del contorno y del colorido; en los pueblos poetas, las aristocracias que ganan victorias son verdaderas apoteosis. Las aristocracias guerreras que se coronan de laureles, son aristocracias populares. Por esto sucede que los dos génios mas populares en España son el Cid y el Gran Capitan. Por esto aconsejaba yo con tanto ahinco que mi partido viese lo que hacia en la cuestion de dar batallas.

Señores Diputados; aquí me presento como vencido. Aquí me presento como traidor.

Sin embargo, oidme, aunque os pida una gracia que no merezca.

Me dirijo hoy á la Asamblea constituyente, con el fin de dar esplicaciones que creo necesarias al decoro de mi partido, si es verdad que el deshonor de la derrota nos deja el derecho de hablar de decoro. Pero aunque la derrota no me lo dé, yo me lo doy.

Vengo á probar tres cosas:

1.º Que no somos nosotros los responsables de lo acontecido últimamente.

2.º Que no fuimos nosotros los que nos despedimos de esa Asamblea, sino que fuimos los despedidos, aun cuando nadie en particular nos despidiese.

3.º Que no debeis votar la venida á España de un rey, en lo cual no obro como republicano, sino como español. Si tuviera presente el interés de mis opiniones, debería deciros: *Traed reyes.*

## I.

**No somos nosotros los verdaderos responsables de lo sucedido.**

Señores Diputados, lo que ocurre en esa Asamblea es una cosa sumamente estraña. Ahí se toma á empresa el pensar y hab'ar en contra de los republicanos, afrentando nuestro propio origen: no el origen de una minoría: el origen de todos. Sí, señores, de todos, porque aquí no hay hijos del sol ó de la luna, como se titulaban los antiguos faraones. Aquí todos venimos de la cosa pública; todos venimos de la república; todos somos republicanos. Sí, señores, todos somos republicanos, desde los hombres del Gobierno hasta José María Orense; desde José María Orense hasta el señor obispo de Jaen.

Y sino ¿qué rey nos ha nombrado? ¿Qué rey nos ha elegido? ¿Qué rey nos ha dado sus poderes? ¡Ninguno! Aquí no hay ningun rey. Aquí no hay mas rey que el PUEBLO ESPAÑOL sentado en esa Cámara, cuya majestad se refleja igualmente sobre todos los hombres que están reunidos bajo esas bóvedas. Quien insulta á los republicanos, se insulta á sí mismo. ¿Ya lo olvidásteis, señores Diputados? ¿Ya olvidásteis de qué manera hemos venido al Parlamento? Al Parlamento hemos venido pisando las ruinas de un trono, pisando la corona de un rey. No está la culpa en quien, siendo hijo del pueblo español, siendo hijo del sufragio de todos, se considera lo que es: republicano.

La culpa está en quien siendo republicano, porque de la opinion pública viene, se empeña en soñar que es hijo

de un rey que no existe, de un rey que espulsamos, de un rey que pregonaba nuestras vidas, de un rey que manchó nuestra honra, de un rey que mató en el patíbulo á tantos españoles, de un rey que reinaba entre fiscales y verdugos, de un rey que vivía entre confesiones y liviandades, de un rey que perdió á España, que la pierde antes de venir, que la acabará de perder cuando venga.

Despues de todo lo que hemos sufrido; despues de todo lo que ha pasado; cuando al hablar de un rey *sentimos en la boca sabor de sangre ó de veneno* ¿cómo se habla de un monarca sin sentir sonrojo, sin sentir espanto? ¿Cómo se habla de un monarca, despues de haberlo pordioseado á tantas pequeñas tiranías estrangeras?

¡ Ah, señores Diputados! Ni Portugal ha tenido por conveniente concedernos la gracia de un rey. Eso era lo único que faltaba á España: verse despreciada de Portugal, despues de haber sido despedida en Roma. Solo resta que pidamos al turco un bajá de tres colas, y que el turco conteste: *no tengo bajá para España*. ¿A dónde se ha ido, dónde se ha refugiado la dignidad de nuestros padres? ¿En dónde está el génio español?

Aquí lo estraño, lo irregular, lo anómalo, lo repugnante, es el *obstáculo tradicional*, la sombra eterna de la Revolucion de Setiembre, la sombra eterna de los hombres que están ahí sentados.

Lo lógico, lo que está hecho, lo natural, es la república, porque la república es lo que queda detrás de la espulsion de una tiranía. *Detrás de uno, quedan todos*. Hé aquí la república, señores Diputados. Esta república es la naturaleza de nuestro siglo; es la sávia de nuestro génio. Hemos envejecido siendo realistas, y tenemos que rejuvenecer siendo republicanos. Esta tierra está ya cansada de producir la misma simiente. Sí, señores, los pueblos se cansan como la tierra. Esta tierra pide nuevas plantas, pide nuevas semillas. España, cansada de reyes, pide hombres. Harta de despotismo, quiere un Gobierno: no un Gobierno de duendes; no un Gobierno de magia, sino un Gobierno de justicia y de humanidad.

¿Se lo dais? Todo está acabado; ahora, luego y siempre.

¿No se lo dais? Pues la suerte está echada y el destino del mundo no vuelve atrás.

Si no se lo dais, alguien se lo dará, porque alguno ha de dárselo. ¡Quién sabe si vosotros mismos anhelareis dárselo dentro de algunos meses!

Pues si ha de ser dentro de un corto plazo, si eso viene, **SI ESO SERÁ** ¿para qué imponer al país el nuevo sacrificio de espulsar á un *juguete extranjero*?

Hombres de Setiembre, lo que aquí hace falta es vivir sin obstáculos tradicionales: es vivir sin ídolos: es vivir sin una *real majestad*, sin un *señor agosto*, *sagrado*, *inviolable*, á quien tendremos que echar luego á empellones, como si fuera un malhechor.

Lo que aquí hace falta es vivir sin esas falsas divinidades, sin esos magos, sin esa antigua ridiculez, sin esa bárbarie de otro tiempo, que en nuestros días va siendo motivo de vergüenza.

¡Sí, revolucionarios de Setiembre! Un *reyecillo* de otros países, un mal desecho de otras familias, exornado con los apellidos de *agosto señor*, *real majestad*, *sagrado*, *inviolable*, para andar con él á puntillones cuando menos se piense, es una comedia que tiene algo de nigromántica, algo de brujas: en fin, una comedia que ataca al estómago. Sí, señores; *es una comedia que estomaga*.

Lo que aquí hace falta es que no vengan *reyezuelos estropeados*, que en su tierra no serian otra cosa que gente desechada ó chiquillos que ni saben andar.

Mucho se dice, señores Diputados; mucho se habla; pero ¿cómo es posible que los diputados españoles traigan á España un desecho francés, ó un chiquillo mal conformado? ¡Si al menos tuviera buena facha, veríamos un buen mozo!

Contra esta inspiracion de nuestra época y de nuestro pueblo, contra esta consecuencia lógica y natural de la revolucion, se levantan los mismos revolucionarios, y la revolucion, viéndose perdida, viéndose ahogada, respira como puede. ¿Se habla de tumultos? ¡No! Yo lo niego. Lo que ha habido en España no es un tumulto. Es una queja; es un respiro. Un pueblo se ahoga y alienta, porque hay que alentar,

aunque sea para morir. Esta es, señores Diputados, la primera causa del conflicto.

Pero no es esto solo. ¿No sabéis lo que ocurre en España? Os lo voy á decir. Ocorre que habeis heredado de los Borbones tres mil trescientos sesenta y cinco millones de bancarota; que habeis acabado de arruinar nuestro Tesoro; que habeis acabado de labrar nuestra deshonra administrativa; y no habeis formado siquiera un proceso; no habeis pedido la estradicion de un solo criminal, aunque no fuese sino para acallar los remordimientos de vuestra conciencia.

Lo que ocurre en España es que habeis espulsado á un déspota, y administráis con el sistema del despotismo: es que sois progresistas, y administráis con el sistema de los retrógrados: es que sois liberales, y administráis con el sistema de los serviles. Y si administráis con el sistema de los serviles ¿de qué manera quereis ser liberales?

Si administráis con el sistema de los retrógrados ¿de qué manera quereis ser progresistas?

Si administráis con el sistema del despotismo ¿de qué modo pretendéis fundar el sistema de la Revolucion?

Sed progresistas que governeis con el sistema del progreso: sed liberales que governeis con el sistema de la libertad: sed revolucionarios para otra cosa que para matar la Revolucion, y verá la Asamblea cómo los diputados republicanos no abandonan esos asientos: verá la Asamblea cómo nadie se mueve en España. Hablo de mi partido, y respondo con mi cabeza.

Lo que pasa en España, señores Diputados, es que hay un humo que brota de un fuego. El humo está fuera: el fuego está ahí: es el señor ministro de la Gobernacion. La suspension de garantías no debió publicarse mas que en Madrid: no en Madrid; en un edificio de la Puerta del Sol; un edificio en donde vive una Providencia que escribe circulares y manda en el telégrafo. Señores Diputados, el Sr. Sagasta tiene todo el talento que se necesita para poder ser un buen ministro de su escuela; pero era menester que tuviese conformado el hígado de otro modo, porque teniéndolo conformado como hoy lo tiene, no es un ministro: es una pura bilis. El temperamento

político del señor ministro de la Gobernacion, eso que los médicos llaman *idiosincrasia*: la idiosincrasia política del señor ministro corre parejas con su idiosincrasia física: mas claro, es una *idiosincrasia biliosa*. Yo oia decir: el señor ministro de la Gobernacion se va á los baños, y me alegraba infinitamente, porque calculaba que volveria mas aligerado de bilis, sobre todo si iba á Lanjaron y tomaba el agua de una fuente que se llama la Capuchina, que es sumamente buena para el hígado, y que recomiendo al señor ministro. Pero el Sr. Sagasta volvió de los baños mas bilioso que se fué.

Yo creo que cada baño ha producido una circular á los gobernadores; de modo, señores Diputados, que ahora pido á Dios que el señor ministro no se bañe mas.

Decia que la suspension de las garantías debió publicarse primeramente en el ministerio de la Gobernacion, puesto que el ministro del ramo es positivamente el primer insurrecto. Puede que no sea su señoría; puede que sea su bilis, y si es su bilis, no su señoría, no pido nada contra su señoría; pero pido contra su bilis.

Habla siempre el señor ministro de conspiraciones. ¡ Ah, señores Diputados! El señor ministro debe perseguirlas y deshacerlas, porque ese es su deber en el Gobierno; pero no debe hablar sobre el asunto. ¿ Así se olvida el Sr. Sagasta de que compraba pólvora del rey para echar abajo á los reyes? ¿ Qué es su señoría sino un eterno conspirador? ¿ A título de que tiene á su cargo un ministerio?

Antes, pólvora: ahora, moralidades: *detrás de la cruz, el diablo*, dice el refran. Yo oigo hablar al señor ministro de la Gobernacion, y me maravillo, porque no comprendo cómo no se le traba la lengua, cómo no se le hielan los vocablos en la garganta.

Se ha hablado muchas veces de robos, de muertes, de incendios, de violaciones.

Señores Diputados, á los enemigos se debe combatir; no se les debe aborrecer: sobre todo, no se les debe calumniar.

Sesenta, setenta, ochenta mil hombres se han levantado en armas. ¿ Cuántos son los ladrones, los asesinos, los violadores de mujeres? ¿ Cuántos son? ¿ Donde están?

¿Se han desmandado diez, veinte, treinta, ciento?

Y ¡qué, señor ministro de la Gobernación! el desman de cien hombres irritados, de cien personas ofendidas, ha de caer sobre la conciencia de ochenta mil hombres que cogieron las armas, y de quinientos mil que no tomaron parte? ¿Hemos de ser todos malvados en esa maldad? ¿Hemos de ser todos criminales en ese crimen?

Acerca de todas esas tropelías que el despecho amontona sobre el partido republicano, ya se irán aclarando los hechos, y las calumnias volverán á poder de los calumniadores.

¿En dónde han sido violadas las mujeres? ¿En Valls? Yo digo que es falso.

¿Dónde se han cometido robos? ¿En Valls? Yo digo que es falso.

No hubo tales robos, ni tales violaciones: hubo venganzas, hijas de grandes ódios, de grandes injusticias, de grandes desventuras, que no alcanzan al pensamiento y á la probidad de un partido: grandes desventuras de que ninguna agrupación de hombres puede verse libre, y de que los hijos del pueblo, las primeras víctimas, los inmolados siempre, no son los primeros que deben responder. Si no hubiera opresores, no lamentaríamos el desafuero de los oprimidos. El Señor es el verdadero criminal del crimen del siervo. ¿Quién estraña que se cometa una tropelía en sociedades en donde no hay mas que tiranos y tiranizados? Lo estraño es que no se cometan mas desafueros, y esto no hace ver la buena índole, el genial bondadoso, heroicamente sufrido, heroicamente leal de la raza española. Volved los ojos á la administración de justicia. Volved los ojos al estanco de las industrias. Volved los ojos á las desigualdades de la contribucion. Volved los ojos al monopolio universal que nos devora. ¿De qué nos quejamos, señor ministro?

Deploro amargamente las desgracias de Valls; las deploro; no quiero esplicarlas, pero me veo obligado á comprenderlas. Las repruebo, sí; las repruebo; pero no me estrañan.

Sobre este punto no debo insistir, porque no siendo la venganza y el ódio partidos políticos, no cabe la defensa del partido republicano, que es una idea política.

Pero supongamos que los matadores de Valls obraron im-

pelidos por malquerencias de opinión. Supongamos que aquellas muertes no fueron venganzas por agravios particulares, por resentimientos privados, por grandes perjuicios sufridos. ¿Quiere esto decir que el partido republicano se propone matar á diestro y siniestro, y comerse los niños crudos? ¡Cómo, señores Diputados! ¿Ya se olvidó el Sr. Sagasta de las desdichas de su partido? ¿Ya se olvidó de su misma historia? ¿Ya no se acuerda de sí propio? ¿Ya ha puesto en olvido lo que aconteció el 22 de Junio en las mismas calles de Madrid? ¿Ya se ha borrado de su memoria lo que hicieron hombres que acaso llevaban bajo su uniforme una proclama del señor ministro? ¿Ya se olvidó el señor ministro que los desgraciados sargentos, cuyo desastre soy el primero en deplorar, principiaron aquella jornada por dar muerte á sus oficiales? Y ¡qué, señores Diputados! ¿Aceptaría el partido progresista que se le imputara la nota de asesino? ¿No se apresuraría á rechazar con indignación semejante infamia? Pues no infame el señor ministro, ya que no aceptaría verse infamado. Si ha entendido el Sr. Sagasta que solamente su señoría tiene honor, el Sr. Sagasta hace dos cosas que un ánimo prudente debe evitar: el Sr. Sagasta se engaña y se adula.

No es cierto que en Valls, según me informan, haya sido violada ninguna mujer, y yo lo celebro infinito, aunque esa horrible fealdad no tenga que ver con los que profesan una opinión limpia, decorosa, severa, honrada.

Quiero dar de gracia que un revoltoso, que se agita en medio de los republicanos, violó á una mujer. Concedo más. Quiero dar de gracia que quién violó á esa mujer, es conocido como republicano. Quiero suponer que milita en las filas republicanas. ¿Quién será tan imbécil ó tan malvado que afrente á un partido con las torpezas de un miserable?

El partido republicano lo ha dicho mil veces, lo dice ahora, lo dirá mañana, lo estará diciendo hasta la consumación de los siglos. Quien roba, es ladrón. Quien mata, es asesino. Quien incendia por incendiar, es incendiario. Quien violenta á una infeliz mujer, es un mónstruo.

¿Quién ha dicho, señor ministro de la Gobernación, que los mónstruos profesan opiniones? ¿Quién ha dicho que un

mónstruo tiene bandera? ¿Por qué ha de mancharnos la baba asquerosa de ese mónstruo?

Señor ministro, cuando el lodo salpica un manto de púrpura, bien se vé lo que es púrpura y lo que es lodo.

Cuando el sol alumbra un pantano inmundo, bien vé cualquiera lo que es pantano y lo que es sol. Y el sol no se mancha. El sol no se infesta. ¿Por qué se ha de infestar nuestro pensamiento? ¿Por qué se ha de contaminar nuestra alma? ¿Por qué nos hemos de manchar nosotros?

Diga el señor ministro cuanto tenga por conveniente; insulte cuanto quiera á los republicanos: el público sabe, el señor ministro sabe tambien que en todo país hay una poblacion flotante de personas sin oficio ni beneficio, que no profesan opinion, que no sienten ninguna idea, que no aman ningun pensamiento, que no pueden amar el santo pensamiento de la redencion de los hombres: todo el mundo sabe que hay una masa de aventureros, de transeutes, de industriales políticos, que toman parte en las revueltas, atraidos por el proverbio: *á río revuelto, ganancia de pescadores*.

¿Quién mancha, quién proscribe, quién deshonra á un partido, echándole en cara las malas artes de esos caballeros de industria política? ¿Qué partido puede tener culpa de que esos malos industriales aparezcan en las revoluciones, del mismo modo que nacen insectos en las tempestades? ¿Quién quema la mies, porque entre la mies hay algun grano de cizaña? ¿Quién quema el laurel, porque nace á la sombra de un cardo silvestre?

Esos aventureros son los cardos silvestres del laurel de las revoluciones, y ¿quién estraña eso, cuando la rosa, que nos embalsama con su perfume, nace entre espinas?

Señor ministro, sueñe vituperios su señoría; confunda lo que no puede confundirse, marchite lo que no puede marchitarse; pero lo cierto es que las espinas no hacen mala á la rosa; ni el cardo silvestre hace malo al laurel.

Y aun tratándose de esos mismos aventureros, de quienes no puedo ser abogado, porque nada tengo que ver con su causa: aun tratándose de esos transeutes revoltosos, cuya industria no admito, sucede una cosa muy particular. Coge un

pobre un racimo de uvas, acaso con el fin de saciar el hambre que le aqueja, y ese infeliz es condenado á llevar un grillete.

Otro roba en poblado millones, y millones, muchos millones, y vive en palacios, y se le hacen cortesías, y se le adula, y se le llama *usía ó su excelencia*, y pasea en coche, y es la maravilla y el regocijo de Madrid.

No apadrino el robo; ni aun el robo de una cabeza de alfiler; ni aun el apoderarse de una cabeza de alfiler que se ha perdido á otro, y que siendo de otro, no es nuestra: no apadrino ni al que hace suyo lo que otro perdió, aunque lo encuentre en la orilla del mar: no apadrino que el hombre sea amo de otra cosa que de aquello que gana con su legítima propiedad, con su inteligencia, con su ingenio, con su trabajo: no transijo con otra cosa; pero aquí sucede lo que decia un pirata griego: «yo, porque robo poco, soy llamado ladrón: Alejandro, porque roba mucho, es llamado héroe.» Aquí los ladrones pequeños, van á presidio ó al cadalso. Los ladrones grandes son grandes señores. No soy cobertera de ninguna clase de ladrón; pero la verdad, si me pusieran en la alternativa, que para mí seria un trance, de tener que ahorcar á los ladrones chicos ó á los grandes, yo declaro que no ahorcariá á los ladrones chicos. Entre los gordos y los flacos, me iriá á los gordos; y esto no se debe estrañar, porque entre la miseria y la abundancia, ¿quién se decide por la miseria?

Señor ministro de la Gobernacion, no se canse su señoría en predicar sermones con el piadoso fin de moralizar á los republicanos. En otras empresas debe gastar el tiempo su señoría, y si el verbo *gastar* le parece un tanto despegado, puede su señoría escoger el que fuere mas de su gusto. El partido republicano tiene necesidad de un buen ministro de la Gobernacion; de un ministro verdaderamente revolucionario; de un ministro de escuela: no necesita de sermones. El partido republicano sabe muy bien que no ha de subir al poder con asesinatos, con incendios, con robos y estupro. Sabe muy bien que no ha de ser gobierno por la venganza, por el odio, por la barbárie. Sabe muy bien que para ser gobierno, ha de ser recibido sin temor en donde no haya desigualdades, que él sortará. Sabe muy bien que ha de avecindarse en las ciudades,

en las villas, en las aldeas, en los caseríos, en las cabañas. Sabe que para ser poder, un poder estable, que cree sus formas, que aplique su sistema, que saque á luz una nueva España: sabe que para esto, ha de tener las puertas abiertas; ha de poder entrar en las casas; ha de poder sentarse á la mesa, en compañía del padre, de la madre y del hijo. Sabe, en fin, que para ser gobierno HA DE CONVERTIRSE EN FAMILIA. Ya el señor ministro conoce que en familia no pueden convertirse los asesinos, los incendiarios, los ladrones, y los que violentan á una desgraciada mujer.

¿Se entera el ministro de la Gobernación?

Los republicanos, el partido republicano, la idea republicana, no el robo, no el estupro, no el asesinato, no el incendio: la idea, no el atentado: el hombre, no el aventurero: el hombre republicano español, sabe perfectamente que la democracia republicana, mas que un partido, mas que una ley, mas que un sistema, es una religion.

¡Sí, señor ministro! Nuestra república es la religion de la justicia, de la verdad, de la virtud y del trabajo.

¡Sí, señor ministro! Nuestra república es la religion del derecho, la religion de la humanidad.

¡Sí, señor ministro! Nuestra república es una religion que á todos salva, porque á todos dá lo que es suyo. A todos salva, tambien á los déspotas, porque los salvá de su despotismo, tambien á los ministros malos, porque los salva de ser malos ministros.

¿Se va enterando el señor ministro de la Gobernación?

¡Sí, señor ministro! Nuestra república, el único asilo que queda, es la revolucion necesaria, la revolucion inevitable, la revolucion invencible, la revolucion providencial, que ha de salvar á España, á la Europa y al mundo: tambien á vosotros y á vuestros hijos.

¿Y los soldados? ¿Y la marina?

No se intranquilece el señor ministro: amanse su inquietud. Cuando la república deba venir, que será muy pronto, los marinos y los no marinos serán republicanos.

¡Quién sabe si el señor ministro ha de cantar un día nuestras alabanzas! Y entonces le diremos: «Sr. Sagasta ¿no se

acuerda su señoría de lo que nos dijo cuando vivía en la Puerta del Sol, en casa del Sr. Gonzalez Bravo?

Y su señoría nos dirá: «¿qué quieren ustedes? Estos son otros tiempos, y miren ustedes lo que pasa con los higos ó con las brebas. En Enero están verdes; en Julio y Agosto están maduras. Venga un abrazo, y pelillos al mar.»

En fin, señor Sagasta; cuando su señoría tenga á bien hablar de la república, debe levantarse, si está sentado, y descubrirse, si está cubierto; obrando así, pagará un tributo de respeto á una grande idea que no comprende, que no adivina, que no ama; á un clamor del mundo que no oye; á una inmensa justicia histórica, á una inmensa justicia humana que no vé, porque está mas arriba, mucho mas arriba de sus ojos, de sus oídos, de su inteligencia y de su corazón.

¿Se ha enterado ya el señor ministro?

Mudo de asunto, señores Diputados. Suplico á la Cámara que me oiga.

Los republicanos no hemos vencido nunca. No hemos tenido un día de triunfo, un día de gloria. No hemos hecho mas que rodar por cárceles y destierros, entre esbirros, alcaides y verdugos: no hemos hecho mas que ser pregonados por los Borbones, por esos Borbones crueles, que tantas veces pusieron precio á nuestras cabezas; á las vuestras tambien, que en este sentido somos hermanos, aunque lo olvide tan lastimosamente un individuo del Gobierno. Ya el Sr. Sagasta presumirá que me refiero á su señoría.

Viene la Revolucion de Setiembre, señores Diputados; yo pregunto: si los republicanos de Cádiz no hubieran quedado de guarnicion en los muros gloriosos de aquella ciudad, tumba sacrosanta de nuestras libertades: si Málaga no se hubiera guardado á si misma; si Sevilla no se hubiera quedado encargada de su propia custodia: si la revolucion no hubiera encontrado esas guarniciones republicanas ¿hubiérais tenido soldados para la batalla de Alcolea? Y sin soldados ¿se hubiera dado la batalla? Y si la batalla no se da ¿se hubiera ganado? Y si esa batalla no se gana ¿qué hubiera sucedido? Acaso durára todavía la guerra civil. Durára ó no durára, señores Diputa-

dos, lo cierto es que los republicanos contribuyeron para que algunos españoles estén sentados en el banco azul, y ahí están Granada, Santander, Alcoy, Béjar, que en este proceso pueden atestiguar con su propia sangre.

Y ¿cómo pagan los revolucionarios de Setiembre aquella prestación generosa de nuestro partido? ¿Cómo pagan nuestros tormentos, nuestras continuas aflicciones, nuestras infinitas amarguras por la libertad y la redención de nuestra infeliz patria?

¡No en vano habeis heredado á los Borbones! Teneis toda la crueldad borbónica. Insulto ahora, insulto luego, insulto despues, insulto siempre. No hablo de todos los señores ministros: hablo de quien sabe la Cámara. Pero digo mal; hablo de todos los ministros, puesto que todos lo han autorizado.

No parecía sino que se estaba deseando que un republicano se moviera, para aplastarlo como una vibora. Y se han movido los partidarios de Cárlos VII, los pretendientes de la Inquisición, y no se ha hecho nada. Y han matado á un gobernador en una catedral, y han matado á un alcalde en un pueblo, y ambos delitos han quedado realmente impunes. Se comete un crimen en Tarragona, un crimen comun, un homicidio, que debe castigarse por el juez ordinario, y es desarmada toda la milicia de una ciudad. A un crimen comun se impone una pena política. En el crimen provocado de un hombre, de dos hombres, de veinte hombres, se castiga á todo un partido, á casi todo un pueblo. ¡No, señores Diputados! Esto es injusto; esto es inicuo. ¡No, señores! La república no ha debido ser castigada, porque no ha cometido ningun crimen. En la tierra no hay tribunales para condenar una escuela justa, una idea historia, una ley que hace la ventura de la Suiza y del Norte de América. La república no ha debido ser castigada. Debíó ser castigado el matador. ¿No teneis códigos? ¿No teneis jueces? Castigad á los matadores. ¿No teneis la horca en vuestros códigos para los que matan? Pues ahorcad á los homicidas. ¿Quiénes sois vosotros para castigar al que no delinque? ¿Quiénes sois vosotros para castigar al inocente? ¿Quiénes sois vosotros para castigar á la república?

Repito, señores Diputados, que debió castigarse al homicida, sea ó no republicano, sea lo que fuere.

¡Sí, señores! Debió castigarse al homicida, y al que desampara un Gobierno para hacer necesario el homicidio.

¡Sí, señores Diputados! En esa muerte hay dos matadores: el que dió el golpe, el que mató, es el homicida segundo. Pues ¿dónde está el primero? ¿Quién es?

La Cámara lo sabe.

Los revolucionarios de Setiembre nos han tratado infinitamente peor que á los facciosos; infinitamente peor que á los partidarios del Santo Oficio.

Señores Diputados, hay dos clases de órden: el órden público, que arranca del fondo de una vida estensa y profunda; la vida del derecho: hay el órden que nace de la justicia, del respecto á la sociedad, del respeto al hombre, con cuyo respeto los gobiernos se glorifican y se enaltecen á sí mismos; y hay el órden tiránico, hijo bastardo de una voluntad desordenada, anarquía interior, mas disolvente que todas las demás, porque es la anarquía del sistema, la anarquía de la ley, la anarquía del gobierno, de la cual el propio gobierno es la última víctima: la última... y la mas desastrosa. Ahí está el palacio de Oriente. ¿Lo habeis olvidado?

Yo soy partidario del primer órden; del segundo, nó. Soy partidario del órden moral; no lo soy del órden despótico, del órden anárquico, que es el desórden mas desolador. Yo digo que el órden que insulta y provoca para poder vejar y oprimir, no es el órden público, sino el órden despótico, el órden de Gonzalez Bravo y de Isabel II: *el desórden*.

Señores Diputados, si la Revolucion de Setiembre se hizo para remedar á Isabel II y á Gonzalez Bravo ¿por qué y para qué espulsamos á los que estaban antes?

El señor ministro de la Gobernacion debe ser tolerante con nosotros, no por prudencia, ni por equidad, ni por circunspeccion, ni por cortesia; ni por respetos al lugar que ocupa, ni por escrúpulos de conciencia, ni por compañerismo, que al fin y al cabo todos conspirábamos contra la hija de Fernando VII: debe ser tolerante por lástima: debe ser tolerante como quien hace una limosna á un pobre.

:

Ya vé el Sr. Sagasta; hemos sido vencidos en todas partes; los republicanos han sido fusilados en los caminos públicos, en las carreteras, como se hace con los criminales pregonados: han sido fusilados sin confesion, como si no tuvieran ninguna fé, como si fueran animales.

«Arrodílese V. en medio del camino, para que todo el mundo lo vea: arrodílese V. ¡fuego! El hombre caía; hemos concluido.»

¡Ah, señores Diputados! No hablo con los lábios; hablo con mi alma; hablo con mi dolor; un dolor profundo; un dolor que no tiene igual.

Ese aborrecimiento, ese encono, entre los hijos de una misma madre, esa ferocidad entre hermanos, es una cosa que me espanta, que me estremece.

¡Y entre tanto, los republicanos de Valencia arriesgaban su vida por salvar á los pobres soldados heridos!

¡Bendita sea su caridad, aunque la paguen sepultándola en un calabozo!

Hablo de los republicanos de Valencia; cito un hecho glorioso para España, glorioso para todos, tambien para los individuos del Gobierno, que son españoles. Yo condeno todo hecho cruel; tambien me toca, tambien me duele la sangre del soldado, y senti una grande alegría cuando supe que mis hermanos de Valencia salvaron la vida de muchos de sus enemigos. Yo condeno todo hecho cruel, todo hecho bárbaro, porque la barbárie y la crueldad no se han alistado bajo la bandera de la república. La crueldad y la barbárie no tienen partido. Si ha habido barbárie en algun hecho de los republicanos, lo condeno y lo lloro; pero no es lo mismo una barbárie que se comete contra un enemigo poderoso, el cual puede dañarnos, el cual puede vencernos, que la barbárie que se comete con el hombre inerme, con el hombre vencido, á quien se fusila en una carretera, como si fuese un tigre.

En este sentido, no me quiero economizar. Cuando se trata de la vida de una criatura, no tengo bandera: soy hombre. El mejor y mas grande de todos los partidos es la humanidad. Estoy cansado de decir que somos cristianos en el dicho; que somos peores que los judíos y que los gentiles en el

hecho. Estoy cansado de decir que los turcos, que los moriscos, no lo harían peor con España que los españoles. Y si tuviera necesidad de hablar con todos, con todos hablaría; también con los republicanos. Yo no he recibido del cielo el don sublime de pensar; yo no debo á Dios este inmenso bien; yo no tengo el grande y arriesgado oficio del escritor para adular á nadie; ni á los humildes, ni á los esclavos, ni á los vencidos.

Si tuviera que decir verdades á los republicanos, á los míos, á los hermanos de mi idea, se las diría, con lo cual no haría mas que ejercer un santo derecho.

Y ya que hablo de los míos, declaro aquí para que lo oiga todo el mundo, que si hemos de vencer mañana, es necesario... no guerrear hoy. Declaro que guerrear hoy es perder hoy y siempre. Declaro que hay que guerrear, cuando la guerra nos obligue; cuando la Europa nos eche á la calle; cuando lo tengamos que hacer, sin saber lo que hacemos. Esto sucederá á la caída de Napoleon; esto será pronto, y los soldados, que hoy nos matan; porque no es hora, nos ayudarán cuando sea tiempo. Luego que conciban que la república puede triunfar, ellos tomarán una parte activa en el triunfo.

Se ha dicho: «es rarísimo que no se pase un solo soldado.»

Y yo contesto: ¿por qué es raro? ¡Pasarse! ¿Por qué y para qué se han de pasar? ¿Se han de pasar para ser fusilados? Lo raro sería que se pasaran.

¡Ya se pasarán cuando deban pasarse!

¡Quieto todo el mundo, y la victoria es de la república!

**LA PAZ ES HOY LA GUERRA.**

También declaro, para que todo el mundo lo sepa, que el partido republicano no admite, condena, abomina, todo espíritu aventurero, todo conato contra la propiedad, todo desafuero contra la familia, todo proceder vengativo, todo hecho cruel, toda acción indigna y desleal, venga de donde venga, hágalo quien lo haga, que no será ningún verdadero republicano.

El partido, la idea, la república, dice á la faz de todos que no quiere eso, que eso no es suyo, que eso es de otro; que

eso es maldad y crimen, que eso no es justicia, que eso no es REDENCION.

Lo ha dicho ya mil veces, y lo dice otra, de modo que lo ha dicho MIL Y UNA VEZ.

Si el Sr. Sagasta no está satisfecho, lo diremos otras mil veces mas.

¡Ah! señores Diputados. ¡Quiera Dios que estos ódios; quiera Dios que esta mala semilla no produzca frutos de perdicion! En Europa se oye un ruido; el volcan rompe; la erupcion se acerca; la república viene: la república es inevitable.

Señores Diputados, ¡quiera Dios que este ensañamiento no traiga á España la TERRIBLE NECESIDAD DE UN NOVENTA Y TRES!

¿Os estremeceis, representantes de la Nacion? Yo tambien me estremezco.

Si mi partido hubiera salido vencedor, pediria caridad á todos para todos. Hoy nada pido. Si algo pidiera, pediria misericordia para los vencedores.

¡Si, representantes de la Nacion! El que abusa del triunfo, no triunfa. El que se vale de la victoria para ser tirano, es el verdaderamente vencido. Yo digo á los hombres del Gobierno, lo que los hombres del Gobierno decian en un tiempo á los Borbones.

Los progresistas decian en un tiempo á los moderados: «¿cómo pretendéis gobernarnos? ¿Pretendeis gobernarnos borrando las leyes? ¿Quereis mandarnos con la ilegalidad? ¿Quereis que la ilegalidad sea la ley? ¿Quereis ser gobierno con estados de sitio, con horcas, con verdugos?»

Pues ¿qué hacen los progresistas de Setiembre? ¿Qué hace un Gobierno progresista?

¡Progresistas! ¿Qué haceis ahora vosotros?

Si no hay sitiados ¿para qué sitiadores?

Si no hay sitiadores ni sitiados ¿para qué el estado de sitio?

¡Ah! Luego os irritais cuando os llamamos moderados. Pues ¿qué hemos de decir, cuando efectivamente lo sois? ¿Qué es este sitio, esta ley marcial, este despotismo de bayonetas, sino un LUJO BORRÓNICO?

Pues, hombres del Gobierno, si por donde venian los Borbones venís vosotros, no debéis estrañar que os vayais por donde los Borbones se fueron.

Si sois los segundos Borbones, lo mas natural es que marcheis por donde los primeros marcharon. ¡Tambien ellos tenian soldados y marinos!

He demostrado, y vosotros sabeis, que el Gobierno trata peor á los republicanos que á los mismos parciales de Carlos VII y de Isabel II.

¡ Si, señores! vuelvo á decirlo. A ningun cabecilla carlista se le ha fusilado en las carreteras, como se hacia antiguamente con los foragidos que la ley sentenciaba en rebeldia.

Digo antiguamente, porque esa barbárie no se acostumbra hoy. Para vengarse de los que le ayudaron en la Revolucion de Setiembre: para vengarse de los que levantaron en Madrid tantos arcos de triunfo, ha tenido el Gobierno que resucitar la barbárie del despotismo.

Y ¿cuándo se hace esto, señores Diputados? Esto se hace cuando la Europa hierve, cuando una palabra está en todos los lábios, cuando una idea agita todos los espíritus, cuando un sentimiento palpita en casi todos los corazones. Esto se hace cuando la república está llamando á nuestras puertas.

Y yo pregunto: ¿se provocan estos conflictos por ceguedad? ¿Se provocan por gusto de derramar sangre? ¿Se provocan por el despecho de una venganza? Qué se pretende? ¿A dónde se nos lleva?

¡ No, señores Diputados? No somos nosotros los responsables de lo sucedido. Nosotros no sabíamos lo que iba á ocurrir. Nosotros no estábamos preparados; no pensábamos en sublevaciones, ni nos convenia dar combates, esperando lo que está esperando toda la Europa republicana.

¡ Ah, señores Diputados! Si nosotros lo hubiéramos previsto; si nosotros hubiéramos provocado el lance ¿no habieran salido cien mil republicanos dentro de veinticuatro horas en mas de treinta provincias de España?

Si nosotros hubiéramos resuelto batallar ¿hubiérais cantado victoria? No lo sé. Quizá el Gobierno sabe lo que habria

sucedido. Se habla del partido republicano. No fué todo el partido republicano. Fué una fracción, fué la minoría del partido.

¡Nó, señores Diputados! No fuimos nosotros los que teníamos combinado un plan, y harto lo dice el desconcierto de la sublevación republicana. El plan estaba combinado en otra parte; de otra parte arrancó la chispa, y esa chispa es la que tiene culpa del incendio. Se violentó á un partido, y el partido cedió á la violencia. Se insultó á un partido, y el partido cedió al insulto. Se rodeó al pueblo de lazos, y el pueblo cayó al fin en la red.

Los revolucionarios de Setiembre deben darse la enhorabuena. El resultado no puede ser mas lisonjero. Su obra está cumplida.

Y ¿lo demás? Eso toca al secreto de la Providencia. En donde acaba el hombre, principia Dios. En donde acaban los gobernantes, principian los pueblos.

Esto decían los revolucionarios de Setiembre á los moderados y á los Borbones.

Esto mismo dicen los republicanos á los revolucionarios de Setiembre.

¿Se cree que está muerta la república en nuestro país? ¡Qué falta de sentido político! Nunca ha estado mas cerca que hoy. ¿Por qué? El Gobierno lo sabe.

Conste, pues, que no somos nosotros, sino la marcha del Gobierno, el verdadero responsable del rompimiento republicano. Le llamo rompimiento, porque le faltó el plan para llegar á ser una revolución. Fué un rompimiento: nada mas.

## II.

### Nuestra retirada de la Asamblea.

Dijo el general Prim que nos trataría como enemigos. Yo contesto que el general Prim puede tratarnos como tenga por conveniente; pero entienda el señor general que si nos trata fuera de derecho, nosotros le diremos que es un tirano. Entienda el señor general que, sean cuales fueren las estremidades á que nos reduzca el despotismo, siempre tendremos el

deracho sagrado de exclamar: «Entre ser opresores ú oprimi-  
dos, caiga la opresion sobre nuestras cabezas.»

El señor general no ha debido nunca pronunciar semejan-  
tes palabras. El hombre del Gobierno no tiene enemigos, sino  
leyes. El hombre del Gobierno no tiene ódio, sino prudencia.  
El hombre del Gobierno juzga, no amenaza. A sus amenazas  
contestamos nosotros con aquella famosa sentencia de la Roma  
latina: *hágase la justicia y húndase el cielo.*

Los cristianos ¿hemos de tener menos virtud y menos va-  
lor que los gentiles?

Se acusa hoy á la minoría por abandonar esos escaños. Re-  
presentantes de la nacion ¿puede exigirse á la minoría de nin-  
gun Parlamento mayor olvido de las injurias? ¿Puede exigirse  
á la minoría de ninguna Cámara mas paciencia, mas humilla-  
cion, mas heroicidad de albedrío?

¿Puede acusársela de haber abandonado al fin esos asien-  
tos, Ó DE NO HABERLOS ABANDONADO ANTES?

¡Ah, señores Diputados! La minoría republicana dió al  
pronunciamiento de Setiembre toda su elocuencia, toda su  
doctrina, todo su génio. Bajo esas bóvedas, señores Diputados,  
no habia mas espíritu, no habia mas sávia, no habia mas gér-  
menes, que los gérmenes, la sávia y el espíritu de la minoría  
republicana.

En los campos os dimos nuestra sangre.

En el Parlamento os dimos nuestra alma.

¡Si, señores! Nosotros os dimos autoridad, prestigio,  
fuerza para contratar los empréstitos, porque si los republica-  
nos abandonan la Cámara, la Europa no os hubiera franqueado  
u oro,

Nosotros os dimos autoridad para verificar la quinta; nos-  
otros ayudamos á infringir nuestro dogma, que aborrece la ser-  
vidumbre del soldado.

Nosotros os dimos autoridad para fundar la monarquía  
dentro de una Constitucion sin escuela.

Nosotros juramos esa Constitucion, que era la ruina de  
nuestro pensamiento, de nuestra esperanza, de nuestra eterna  
aspiracion, de nuestro eterno sacrificio.

Nosotros juramos esa Constitucion, que era la muerte de

la república; la muerte del pueblo, la muerte de España; nuestra muerte.

Nosotros, la minoría republicana, votó con el Gobierno con la mayoría contra los sucesos de Jerez, que eran sucesos republicanos.

Nosotros votamos contra nosotros mismos.

Nosotros, la minoría republicana, votó una acción de gracias, en honra y loor de un Presidente, que era nuestro hermano, y que entonces no era nuestro amigo.

Puede exigirse mas resignacion, un heroismo mas espartano, á ninguna minoría de este mundo? ¿Puede exigirsela mayor martirio?

En el campo os dimos la vida.

En el Parlamento os lo dimos todo.

¿Cómo nos pagásteis, hombres del pronunciamiento de Setiembre?

Nos pagásteis, afrentándonos con incalificables vituperios, entre las risas complacientes de una fraccion que se olvidaba de sí propia.

Nos pagásteis, sofocándonos entre bayonetas.

¡Ah! ¡Si nos encontráramos ahora en el 29 de Setiembre! Pero ¡cómo ha de ser!

Nosotros abrigamos la serpiente en nuestro propio seno, y la serpiente nos mordió las entrañas.

¡No tiene ella la culpa, sino quien abre el pecho á la serpiente que le ha de morder el corazón!

Entonces lo hicimos y ahora lo vemos.

Bien lo merecemos y bien lo pagamos. La justicia está satisfecha. ¡Adelante!

Si los republicanos hubieran hecho con los sublevados de Setiembre, lo que los sublevados de Setiembre hicieron con los isabelinos: si los hubieran dejado solos, para que ellos solos se hubieran destruido con sus ambiciones: si los republicanos no hubieran mantenido compacta á la mayoría, que, al verse atacada, tuvo que unirse y parapetarse contra aquellos golpes de una minoría poderosa: si los republicanos no hubieran dado su vigor, su lozanía, su juventud, su ciencia, su palabra, su arte, sus encantos, á un Gobierno que los insultaba:

si no hubieran servido al Gobierno con una lucha generosa y grande: si no le hubieran apoyado mas con su oposicion que los parciales del mismo Gobierno con sus docilidades y sus alabanzas, yo pregunto, señores Diputados: —¿Hubiera podido el Gobierno derrotar al partido que tanto y tanto le ayudó en las Córtes con el prestigio de sus disputas, con la autoridad de su doctrina, con el poder de su arte esplendoroso, que no tiene igual? ¿Estaria hoy como está el Gobierno? ¿Se veria hoy como se vé el partido republicano?

No sé qué opina la Asamblea, cuya soberanía debo acatar y acato; pero el Gobierno sabe muy bien, y alguna fraccion de la Cámara no ignora, que si la minoría se hubiera *retraído*, si se hubiera situado en su puesto, sin mover pié ni mano, PORQUE LA PAZ ERA SU ACTITUD VERDADERAMENTE REVOLUCIONARIA, pues no habria faltado quien hubiese hecho la guerra: el Gobierno y alguna fraccion de la Asamblea, vuelvo á decir, saben perfectamente que el partido republicano no estaria hoy proscrito.

¡Sí, señores! Saben perfectamente que los republicanos no hubieran sido muertos en los caminos públicos, como si fuesen lobos ó culebras.

Nosotros lo hicimos; nosotros lo pagamos: ¡adelante!

¿Hay quién acusa á la minoría republicana por haber dejado esa Asamblea?

Pues otros la acusan por NO HABERLA DEJADO Á TIEMPO.

Es verdad, señores Diputados; quizá la minoría republicana no hizo bien en abandonar su puesto en la Cámara...

CUANDO YA ERA TARDE.

No nos despedimos nosotros, representantes de la Nacion. Nosotros fuimos los despedidos, lo estábamos ya hacia mucho tiempo, como el Sr. Sagasta no ignora.

Pero, en fin, las grandes tormentas suelen conducir á las grandes bonanzas. De una grande guerra puede salir una grande paz, y la tierra se mueve aun, y el sol alumbra todavía. ¡Adelante!

## III.

## Sobre la venida del rey.

Voy al tercer punto, que es la venida de un monarca. Me parece que no debeis traer un monarca, no por nuestros bien, que no sois vosotros los encargados de mirar por vuestro enemigo, segun acredita la esperiencia, sino por el bien de vuestro monarca y de vosotros.

Señores Diputados, la venida de un rey es un hecho tan raro en España, despues de todo lo que ha sucedido: es un hecho tan raro, vuelvo á decir, que produce la anomalia que estais viendo. Un republicano pide á los monárquicos por el bien del monarca. Esto que parece á primera vista una candidez; no deja de tener su sentido, su trascendencia, su gravedad.

Yo reconozco que mi manera de apreciar los hechos será sospechosa para la Cámara, y debe serlo, porque el que profesa una opinion, amolda sus ideas á sus opiniones, y la pasion política suele tener mas fuerza en nuestro ánimo que el ajuste lógico.

Yo declaro que esto es natural; yo declaro que en caso de duda, *arrimaré el ascua á mi sardina*, como dice el adagio; pero tambien declaro que en estas cuestiones la pasion no me quita el conocimiento.

Si yo viese que el Gobierno actual se hallaba embarazado, porque flaqueara por algun punto: si yo viera que necesitaba de mayor suma de poder para llevar á cabo empresas que de otro modo no pudiera acabar: en una palabra, señores Diputados: si yo observase, si yo conociese, que era necesaria la venida de un rey para que el Gobierno penetrase en el lleno de autoridad, yo aseguro á la Cámara que no me opondria á que ese rey viniera, porque diria en mi interior: «ese rey hace falta al Gobierno, y es muy natural que el Gobierno se acuda á sí propio en sus necesidades: el rey debe venir, y viene: nada mas justo.» Pero lo grave de la cuestion consiste para mí en que no veo, en que no toco, en que no adivino, la necesidad de que un rey venga: no adivino el por qué, ni el

para qué, ese rey hace falta á los hombres que nos gobiernan hoy.

Señores Diputados, el Gobierno tiene poderes para todo: el Gobierno suprime periódicos, registra el domicilio de los ciudadanos, prende, destierra, mata sin confesion como si los hombres fueran perros.

La Cámara conoce que un rey, por mas rey que fuese, no podria hacer mas. El Gobierno hace cuanto podria hacer un rey, cuanto los reyes han hecho en España y en el mundo. Pues, señores, si el Gobierno hace cuanto podieran hacer los reyes ¿para qué viene el rey?

Si el rey hiciera falta, repito, yo comprenderia que el rey viniera; pero si no hace falta ¿para qué viene?

Si, obrando el Gobierno como ha obrado, el rey no tiene oficio; si ha de estarse mano sobre mano; si ha de cobrar por estar ocioso; si ha de ser necesariamente un rey holgazan, porque el Gobierno no le dejará que trabaje ¿para qué damos tantos millones á ese rey de comedia, á ese rey de palo, y digo rey de palo, porque es un rey que nada ha de hacer? ¿Para qué damos la sangre de España, que tanta sangre ha dado y que tan poca tiene, á ese rey perezoso, porque la diligencia del Gobierno es tan grande que hará indispensable su pereza?

Señores Diputados, aparte ahora la diferencia de opiniones; aparte lo pasion política, todos los hombres imparciales han de confesar que la venida de ese *señor rey* es una verdadera plétora de poder, y toda plétora es amenazadora. ¿Olvidais que una plétora es la apoplejía? ¿Para qué esa apoplejía de autoridad? ¿Para qué quereis una apoplejía, que concluirá por ahogaros, que ese es el fin de toda apoplejía, como lo está diciendo á todo el mundo el ejemplo de los Borbones?

¡ Ah ! no es apoplejía.

¡ Hombres del Gobierno ! la enfermedad viene tan derecha, que unos cuantos meses han bastado para poneros tísicos, Cuando la debilidad esencial se apodera de nuestra economía, hay que acudir á un reactivo extremo. ¡ Sí, señores ! Ese monarca que votareis, para mal del monarca, de vosotros y de la Nacion, es el reactivo que pedís para la fiebre ética que consu-

me vuestras entrañas. Buscáis y rebuscáis en vuestro interior, lo halláis vacío, y teneis que llenarlo con algo, aunque ese algo sea un espectro; el espectro de los obstáculos tradicionales; el espectro de la Revolucion de Setiembre; el espectro de la raza borbónica. ¡No en vano sois sus hijos!

Señores Diputados, oidme: en esta hora estrema; en esta hora postrimera para los grandes tiranos de Europa: en estos momentos solemnes en que todos los pueblos ofendidos se preparan para asistir al desafío colosal que ha de verificarse detras de la tumba de Napoleon; esa tumba que se está moviendo, como si quisiera tragárselo: ahora, cuando cae el imperio francés; cuando ya se oye una campana que toca á difuntos: yo la oigo, y soy sordo. Señores Diputados, hombres del Gobierno; no la oís vosotros, que teneis oído? En estos momentos en que se vé venir esa erupcion política que ha de renovarnos: en que se vé venir esa catástrofe necesaria, esa catástrofe divina que ha de mudar los destinos de Europa; esa catástrofe que nadie sujeta: ni ejércitos, ni armadas, ni reyes, ni pontífices, ni naciones: esa catástrofe que esperan las ciudades libres; que espera el Hannover; que espera Luxemburgo; que espera la Polonia; que espera la Hungría, que espera Italia; que espera Francia; que espera España; que espera Portugal: ahora cuando ese torrente de libertad viene á inundar la sepultura de nuestros padres: en estos instantes ¿quereis ser realistas de un rey extranjero?

Señores Diputados, la intencion puede ser muy buena; pero la hora... no es oportuna.

Y últimamente, si traeis un rey, que no sea un desecho de Francia, ni un chiquillo de mala catadura. Ya que sea un reyecillo de los tirolenses, que tenga al menos una facha pasable. Quiero decir que no sea un reyecillo medio tísico, medio visajo y medio jorobado. ¡Ah! ¡Qué decadencia! ¡Qué abandono!

Los republicanos no quisieran que nos importáseis ningun despotismo, ninguna idolatría, ningun duende, porque rey y vampiro en nuestros tiempos, van siendo palabras sinónimas: no quisiéramos que nos impusiérais esa brujería, y en el caso de traer un rey, lo que nos conviene es que sea el peor, porque de ese modo durará menos; pero al fin y al cabo los repu-

blicanos españoles somos de España, y sentimos (como es natural) que pongáis en ridículo á nuestro pueblo: un enorme ridículo futuro, tras los grandes ridículos pasados.

Si para monarca español nos traéis á un hombre con barbas, á un hombre hecho, á un hombre formal: en fin, á un hombre, procurad que ese hombre no sea Borbon; que con los Borbones no esté emparentado; que no sea Borbon su mujer; que sus hijos no sean Borbones.

Procurad que ese hombre formal, no sea un descendiente de reyes destronados. Procurad que no sea un *desecho*; ó como si dijéramos, un desperdicio de tiranías extranjeras.

Si habeis de traernos á un monarca que no sea hombre ni mujer; que sea un muñeco, procurad que la criatura destetada pida papilla en castellano, porque si pide macarrones en lenguaje extranjero, y las verduleras de Madrid se enteran del caso, España va á ser una jaula de grillos.

Ya anda por ahí una caricatura en que pintan al monarca español bajo la figura de un mico; por la analogía que existe entre *mono y monarca*. ¿Qué pueblo resiste á un monarca, que se vé pintado bajo la figura de un mono?

Traed á un hombre, no á un chico, no á un moco. Un pueblo de quince millones de almas, un pueblo enérgico, un pueblo viril, un pueblo valiente, un pueblo glorioso, no necesita de pañales.

Revolucionarios de Setiembre, no es un reyezuelo; no es un ídolo lo que hace falta: lo que hace falta es un sistema; un sistema que no teneis. Estais luchando con la nada, y ese ídolo que quereis traer, hará mas grande vuestra soledad. ¡Sí, señores! Ese rey tan buscado, hará mas grande ese desierto en que andais perdidos.

Señores Diputados; la Revolucion de Setiembre debió proponerse uno de dos fines: ó se proponía decir al antiguo gobierno: *quitate tú para ponerme yo*, y la Revolucion de Setiembre en este caso es una burla hecha á España, que se vió turbada y perdida durante dos años: la Revolucion de Setiembre es un insulto á los desgraciados españoles que subieron las gradas del patíbulo y que murieron en tierra extranjera; ó bien se propuso hacer algo. Y ¿qué algo podia y debía ser

éste? Este algo debía ser *quitar de en medio los obstáculos tradicionales, para poder marchar sin embarazo por la via del progreso*. Este algo debía y podía ser que la libertad creara alguna forma, que la libertad fundara algunos intereses, que la libertad se revistiera de algun modo de ser, de alguna vida propia. Este algo debía y podía ser que la libertad no se atara de piés y de manos, y pasara seis meses sin ocuparse en otra cosa que en arruinar á la nacion con empréstitos *de tres mil millones*, para pagar la trampa de los moderados, sin formar un proceso siquiera. ¡Ni siquiera un proceso, como si aquí fuera permitido estafar y perder al pais impunemente! ¡Cómo si aquí no hubiese leyes, ni conciencia para castigar á los grandes ladrones!

El algo que la Revolucion se propuso, debía y podía ser desamortizar lo que está muerto, desestancar lo que está estancado. Debía y podía ser reformar el feudo del Estado y el feudo de la Iglesia: debía ser reformar el sistema de la Hacienda, creando la Hacienda, porque hoy no tenemos Hacienda, sino agonía, trampa, deshonor. ¡Sí, señores Diputados! Hoy vive España en la deshonor administrativa. El algo que se propuso hacer la Revolucion, podía y debía ser reformar el sistema de los tribunales, que es un monopolio; el sistema de la Deuda pública, que es un laberinto: el sistema de la contribucion, que es un escándalo, como en tiempo de Calomarde: el sistema del municipio y de la provincia, fundamento de toda libertad civil, cuyo sistema es una servidumbre en economía y administracion como la del peche-ro de la Edad Media. El algo que debió proponerse la Revolucion de Setiembre, sino es juego de niños, podía y debía ser reconstruir á la nacion, porque esta nacion se está cayendo, y todos los estremecimientos que se notan, todos los choques que se verifican, vienen de ahí: vienen de que es una casa que se cae. El arquitecto la ha denunciado, la denuncia todos los dias; el amo no quiere derribarla para hacerla de nuevo, y al fin y al cabo la casa se desplomará sobre ese dueño que se obstina en vivir en una casa ruïnosa. ¡Sí, señores! Todos los ruidos que se oyen en nuestro pais, no son otra cosa que escombros que caen de esa casa que se viene al suelo. ¡Se viene

al suelo, señores Diputados, y vosotros no quereis oirlo, y nos aborreceis, porque os anunciamos lo que va á suceder! Este pueblo, España, blanquea como todo aquello que está empolvado. ¿Sabeis por qué blanquea, representantes de la Nacion? Blanquea porque está cubierta de polvo feudal. Estamos viejos, estamos caducos, podemos rejuvenecernos, podemos renovarnos, y no quereis, y la vejez hará con vosotros lo que hace al fin con todo el mundo: helará vuestra sangre, abrirá un hoyo y os enterrará. ¡Sí, señores! Hoy ó mañana os enterrará, porque ese es el destino de los muertos,

En fin, señores Diputados, el algo que debió proponerse la Revolucion, podia y podia ser destruir el sistema de los moderados y fundar el sistema de los progresistas: destruir el sistema de los serviles, y fundar el sistema de los liberales: destruir el sistema de los Borbones, y fundar el sistema de los revolucionarios. Debía y podia ser trasformar á España. Debía y podía ser crear la España del presente sobre las ruinas que dejaba la España del pasado; esa España cubierta por el polvo del feudalismo.

En lugar de esto ¿qué hemos visto, señores? ¿Qué ha visto la Nacion? ¿Qué ha visto Europa? ¿Qué ha visto el mundo?

Vosotros direis que los republicanos tenemos la culpa, porque no os dejamos gobernar. ¡No, señores! Esto no es exacto. Esto es una injuria contra el pueblo español, no contra un partido. ¡No, señores Diputados! Si así lo creen los individuos del Gobierno y alguna fraccion de la Cámara, la fraccion de la Cámara y los individuos del Gobierno no juzgan bien.

Los parciales de la república no se hubieran movido, si vosotros hubiérais sido revolucionarios. No se hubieran movido ¡no, señores! si vosotros hubiérais gobernado con el pensamiento de la Revolucion, que debió ser un pensamiento liberal, español, patriótico: un pensamiento que nos arrancara del peder de las antiguas tiranías.

En lugar de esto, vuelvo á decir ¿qué ha visto todo el mundo?

Señores Diputados, no faltará un individuo de alguna fraccion que nos cuente villas y Castillas sobre la escelencia del Gobierno y de las reformas abocadas. Yo respondo que todo eso

está muy bien. Esos risueños paisajes, todas esas vistas pintorescas, están muy bien ejecutadas. Declaro que el pintor es un buen artista; pero yo, hombre prosaico, hombre que no sale de la comun medida de las cosas, porque no tiene génio para más: yo miro y remiro; levanto la cabeza; la bajo; la vuelvo á un lado; la vuelvo á otro; la vuelvo á todas partes; busco; registro: los paisajes serán preciosos... para el que los vea, porque yo juro por mi alma que no los veo. Lo que veo es otra clase de pintura.

Aparte la libertad de cultos, en el sentido religioso; la supresion de los portazgos en el órden administrativo y la libertad de enseńanza en el órden político, veo el sistema de los Borbones.

Yo veo el mismo sistema de Hacienda.

El mismo sistema de ejército.

El mismo sistema de tribunales.

El mismo sistema de amortizacion.

El mismo sistema de centralizacion económica y administrativa.

El mismo sistema de feudo eclesiástico.

El mismo sistema de patibulos, de fusilamientos, de cuerdas, de leyes marciales.

Veo, en fin, el mismo sistema de padrinazgo, de feudalismo, de empréstitos, de bonos, de papeles, de trampas. El mismo sistema de jubilaciones, de bulas, de nunciaturas, de comisarias, de preces, de damas nobles de María Luisa y de caballeros de Carlos III, de Isabel la Católica, de San Juan de Jerusalem, y otras quijotadas por el estilo, sin tener en cuenta que el autor del Quijote es español.

Señores Diputados, si ya no se conoce por el mundo la caballeria andante ¿cómo no echamos fuera esa caballeria que no anda?

Si aun la que andaba se murió de hastío, de aburrimiento ¿cómo no se aburre esa otra caballeria que está parada?

Señores Diputados, veo el mismo sistema de los Borbones.

Nos faltaban dos cosas: la suspension de las garantías, ó sea los antiguos estados de sitios, y el rey. La suspension

de las garantías, vino; el rey viene: de modo que nada nos falta: ¡nada nos falta... para estar como estábamos!

Aconsejo la paz, porque creo que la guerra, *hoy*, es desastrosa al partido republicano y á toda España; mas no me maravilla que las provincias se levanten en armas contra Madrid, porque esto es verdaderamente inaguantable. Hay un insulto enérgico, hay un insulto vigoroso y valiente que puede tolerarse: hay un insulto que no puede sufrirse, y es el insulto que raya en burla.

Señores Diputados, lo que hace el Gobierno es burlarse de la Revolucion de Setiembre, de la Asamblea y del pueblo español.

¿Cuándo acabará esto?

#### CONCLUSION,

Muchos preguntan, señores Diputados: ¿en dónde está, á dónde se ha ido la Revolucion de Setiembre?

Algunos dicen que se ha perdido. Otros dicen que se ha ganado. Otros dicen: ¿es verdad que se ha ido la hija de Fernando VII?

Yo... no digo nada.

En resumidas cuentas, señores: soy un ignorante, y un ignorante os va á vaticinar vuestro porvenir: un ignorante os va á decir la buena ventura.

Vendrá el rey, sea el que fuere.

Caerá el imperio francés.

España será un Méjico.

El rey será un Maximiliano.

Vosotros sereis los moderados de hoy, para ser los espulsados de mañana.

Esto os lo digo el dia 5 de Noviembre de 1869.

¡OID EL CONSEJO DE UN ENEMIGO! Puesto qué todavía no habeis votado, no voteis. Puesto que todavía no lo habeis hecho, no lo hagais.

¿Lo haceis? ¡DIOS SALVE AL PAIS! ¡DIOS SALVE AL REY!

## CONFERENCIAS ENTRE UN PADRE Y UN HIJO.

---

### Conferencia primera.

EL HIJO.—Padre mio, estoy loco.

EL PADRE.—¿Por qué estas loco?

EL HIJO.—Por eso que dicen las gentes.

EL PADRE.—¿Qué gentes?

EL HIJO.—Todo el mundo.

EL PADRE.—Pero bien, hijo mio ¿qué dice todo el mundo?

EL HIJO.—¿No lo sabe Vd.? ¿No lo oye repetir en todas partes? Todo el mundo dice que el partido republicano es una horda de malhechores, un aduar de gitanos, una ranchería de beduinos. Todo el mundo nos llama incendiarios, asesinos, ladrones, turba, canalla, gente perdida. Yo estoy abochornado de tal modo que casi tengo miedo de salir á la calle; no tengo miedo de que me ofendan, sino de que me afrenten.

EL PADRE.—Sosiegate, hijo mio, sosiegate. El partido republicano triunfará muy pronto, no por un esfuerzo de su valor, sino por una ley de nuestro siglo, por un decreto de la Europa, por una sentencia inapelable de la revolucion que hierve en el espíritu del mundo: el partido republicano triunfará en el año de 1870, vuelvo á decir, y entonces verás cómo los mismos que hoy se deshacen en insultos, son los primeros que nos ponen sobre los cuernos de la

luna, si es verdad que la luna tiene cuernos. El partido republicano: mejor dicho, una pequeña parte del partido republicano, ha sido vencida, como no podia menos de suceder, y los republicanos son foragidos. Si hubieran triunfado... ¡Ah, hijo mio! Si hubieran triunfado, serian héroes.

El vencido es siempre traidor, sedicioso, revuelto, turba, canalla.

El vencedor es siempre leal, justo, magnánimo, glorioso, y se le levantan arcos de triunfo, y se le cuelgan los balcones, y se le iluminan las ciudades, y se le tocan músicas.

Dice el adagio que *todo el mundo corta leña del árbol que está caído*. No importa: ¡adelante! Ya verás cómo dentro de un corto plazo, dejaremos de ser ladrones, asesinos, incendiarios, gente perdida que debiera llevar un grillete. Ya verás cómo dejaremos de ser un aduar de gitanos, una horda de malhechores, una ranchería de beduinos ó de kalmucos. Ya verás cómo somos leales, partido de orden, gente de ley, hombres de bien á carta cabal. ¡Mas qué hombres de bien! ¡Qué son aquí los hombres de bien? Ser hombre de bien, es no ser nada, ó casi nada. Seremos mas, inmensamente mas que hombres de bien. Seremos caballeros, hidalgos, justos, omnipotentes. Seremos la flor y la nata de la sabiduría, del valor, de la gentileza, de la bondad, de la virtud, hasta de la fé. ¡Sí, hijo mio! Tú lo verás, lo verá todo el mundo. Yo te aseguro que no ha de pasar mucho sin que seamos un tipo perfecto de hombres religiosos, de hombres píos. ¡Sí! ¡Hasta hemos de ser! ¡Hasta hemos de tener el don de milagro y de profecía! ¡Hasta han de pretender tocar reliquias en nosotros!

Y tú dirás entonces á los que nos insultan hoy:

«Diga usted ¿no es usted el mismo que insultaba tan acerbadamente al partido republicano, cuando el partido republicano fué vencido? Pues si entonces nos escarnecía ¿cómo sucede que ahora nos alaba?»

Y él te contestará: «Yo diré á usted; á veces tenemos que sacrificar nuestro sentir. Yo decia una cosa; pero sentia otra muy diferente. Yo bien sabia que el partido republicano era el único que tenia ciencia, valor y moral. Bien convencido estaba de que este gran partido es el único que tiene el secreto de poder labrar la ventura de España, haciendo de esta nacion perdida, un pueblo fioreciente, grande, libre, bueno y feliz. En fin, amigo mio; yo era progresista, ó carlista, ó unionista, ó moderado... en la boca: era republicano, ardiente y decidido republicano en el corazon.»

Esto te dirá el mismo que ahora dice que el partido republicano es una ranhería de bohemios.  
¡Cuántos y cuántos han de parodiar un pasaje del *Trovador*!

EL HIJO.—Padre mio ¿qué pasaje del *Trovador*?

EL PADRE.—Aquel pasaje en que Leonor dice á Manrique: ¿Lo pudiste creer? Yo lo decia; pero... mi corazon te idolatraba.

EL HIJO.—¿Crée Vd. que nos tienen que *idolatrar*?

EL PADRE.—Hijo mio ¡MILLARES!

EL HIJO.—¿Es posible que el mundo viva así?

EL PADRE.—No es todo el mundo: es el mundo que han elaborado tantos siglos de fanatismo y de tiranía: es el mundo de reyes déspotas y de frailes estúpidos: es el mundo de las hermanas Patrocínios, de los padres Clarets y de las hijas de Fernando: es el mundo en que todo hombre leal, todo hombre digno, todo hombre que tiene vergüenza, muere en el cadalso, en la miseria ó en

el destierro: en que todo traidor hace fortuna, medra en fama y llega á ser un grande hombre: es el mundo de donde venimos: el mundo de los reyes, de los frailes y de las monjas: el mundo á que se pretende que volvamos, porque todavía no estamos contentos. ¡Sí, hijo mio! Todavía queremos mas. Nos vemos leprosos desde los piés á la cabeza, y para que no estemos leprosos, nos dan otra lepra peor, y digo peor, porque es una lepra que viene con mas fuerza, como le sucede á todo lo nuevo. Estamos leprosos con el realismo, y para limpiarnos de esa lepra realista, han acordado traernos un rey. Espulsamos á un rey español, y ahora nos traerán á un chiquillo extranjero. ¡Ah! Ese rey no cabe en España; ese rey no es posible; no es posible en ninguna parte, y menos que en ninguna parte, en una Cámara en que se sientan diputados que han nacido y que son españoles.

Venga ese rey; pero no nos llamemos patriotas. Venga ese rey; pero antes que hijos de la altiva España, debemos llamarnos berberiscos. ¡Luego habla de crímenes el señor ministro de la Gobernacion! ¿Qué crimen es igual á este crimen? ¿Con qué derecho os horrorizais de ningun delito, por grande que sea? ¡No teneis el derecho de horrorizaros, puesto que no os horrorizais de lo que haceis! Vosotros sois el malhechor de los mas grandes malhechores.

¡Callad, hombres funestos! Perded á un pueblo desgraciado; perded nuevamente á un pueblo tan perdido; pero callad!

Quando la hiena, guardada por las sombras de la noche, entra en un campo santo, y arranca la losa de una sepultura, y devora el cadáver, no gruñe. Cuan-

do come, no gruñe. No queráis ser vosotros peores que las hienas.

Devorad el cadáver ; pero no gruñáis.

Los hombres del Gobierno dirán que este modo de hablar es muy fuerte. Yo respondo que sí, que es muy fuerte, y añado que mas fuerte es matar á los españoles en los caminos públicos, como si no fueran hijos de madre, como si fueran perrós. Añado que es mas fuerte sacar de Zaragoza tres cuerdas de hombres, como si fuesen presidiarios. Añado que es mas fuerte sacar de Zaragoza ochocientos hombres amarrados codo con codo, como si fuesen galeotes, cuando los sublevados no llegaron tal vez á trescientos. Añado que mas fuerte es ultrajar de esa manera á un pueblo heróico, que hizo el tremendo sacrificio de pelear por la república.

Esto hace un señor capitán general progresista. Así obran los progresistas. ¡Qué progresistas son los progresistas de España ! Hijo mio, atiende. ¿ Cuántas veces no nos han insultado con los apodos de trastornadores, bullangueros, descamisados, utopistas y locos, porque nos llamábamos *demócratas*? Pues *demócratas* se llamaron ayer. Y ¿cuántas veces no han querido afrentarnos con los mismos apodos, porque nos llamábamos *radicales*? Pues *radicales* se nombran ellos hoy.

¡Demócratas! ¿En dónde teneis la democracia?

¡Radicales! ¿En dónde están vuestras raices?

Y no lo olvides, hijo mio: ayer nos usurparon el nombre de demócratas; hoy, el de radicales; mañana, el de republicanos.

¡Sí, hijo mio! esos mismos hombres que nos usurparán mañana la denominacion de republicanos, nos envian hoy á presidio, como si fuéramos galeotes; nos estrangulan en el palo, como si fuéramos

foragidos, y nos fusilan en las carreteras, como se estruja los insectos.

¡Sí, hijo mio, sí! Hoy nos amarran, nos fusilan, nos agarrotan, y mañana se llamarán como nosotros. Hoy esterminan á los hijos de la república, y mañana se llamarán republicanos, sin que la cara se les encienda. Es necesario confesar que esa gente tiene una sangre fria que dá miedo. Entre tanto, ¿quién vuelve al huérfano su padre? ¿Quién vuelve á las viudas sus esposos? ¿Quién vuelve á la madre su hijo?

Pero no importa: los progresistas españoles lo arreglan todo con algunos compases de música. Tocarán el himno de Riego, levantarán arcos, colgarán los balcones, darán cuatro vivas, y todos seremos felices.

¡ Muchas gracias, señores progresistas, muchas gracias!

¡ Muchas gracias, señor general Prim, muchas gracias!

¡ Muchas gracias, D. Nicolás María Rivero, muchas gracias!

«Mi lenguaje es muy fuerte.» Sí, señores; pero mas fuerte es decapitar á un hombre en la ciudad de Reus el dia 30 del mes pasado (escribo en Noviembre) cuando todo habia concluido; cuando no amenazaba el menor riesgo á los setembristas. Se dirá que ese hombre mató á un centinela. Y ¡qué! Porque ese hombre mató á un centinela ¿debe un juez matar á ese hombre, despues de la espulsion borbónica?

Pues si el matar debe castigarse con la muerte; si el asesinato debe castigarse con el asesinato; si el crimen debe castigarse con el crimen; si la maldad debe castigarse con la maldad, seria necesario que

buscásenos uno que matase al juez que mató al reo, y luego deberíamos buscar á otro que matase á quien mató al juez; y despues á otro que matase al nuevo matador, y matando de este modo á las criaturas, como si aplastáramos víboras, llegaremos al esterminio del género humano.

¡Nó, hombres del Gobierno! ¡Nó, hombres desgraciados que sentís alegría, cuando el verdugo os dice: « Ya cumplí mi oficio; ya cayó una cabeza; ya hay uno menos! »

¡No, revolucionarios sin fé, revolucionarios sin revolucion! Eso es venganza, eso es crueldad, eso no es justicia: *la primera justicia es no matar al hombre*, á quien llamais imágen de Dios. ¡Lo llamais imágen de Dios, y lo estrangulais en un patíbulo! ¿Qué mas podriais hacer con una fiera?

Mi lenguaje es muy fuerte, como dicen algunos individuos del Gobierno. Sí, señores, es fuerte; pero yo os pregunto: ¿con qué derecho espulsásteis á los Borbones: con qué derecho llevásteis la contra á los moderados cuando les usurpais sus ambiciones, su ceguedad y su tiranía? ¡Sí, señores! Vuestros puestos en el poder son puestos usurpados, porque estais haciendo lo mismo que hacian aquellos á quienes espulsásteis. Si hay una ley de la humanidad ó de la Providencia que espulse á la hija de Fernando VII y á Gonzalez Brabo, esa misma ley debe espulsaros á vosotros. El pronunciamiento de Setiembre no es un pronunciamiento siquiera: es una usurpacion de gobierno; una usurpacion de estado político.

¡Qué falta de juicio! ¡Qué falta de conciencia!  
¡Qué hombres tan vulgares!

Un trono se hunde, los moderados mueren, un pueblo nace con la revolucion: nace lleno de gér-

men, lleno de juventud, lleno de fuerza, lleno de vida: nace lleno de espíritu, lleno de esperanza, y ahogan á ese pueblo, que era la única salvacion de los elementos liberales de nuestro desdichado pais.

Habeis dado muerte á quien debia salvaros: habeis matado vuestra salvacion. Despues de insultar y proscribir el pensamiento de la república, último refugio, último asilo, última casa de misericordia para todos los liberales, no teneis salida por ningun camino; os habeis atajado por todas las vias, y no sois posibles sino para hacer buenos á los moderados y á los Borbones. Hé aquí cuál será vuestro oficio en el Gobierno, revolucionarios de Setiembre: servir, llamar á vuestros enemigos, y á los enemigos de España. ESTO, Ó LA BANDERA REPUBLICANA.

No teniendo vosotros un sistema, como no le teneis; siendo vosotros una nulidad, una impotencia, como efectivamente lo sois, no habia en España mas que dos senderos: ó la restauracion ó la república. Puesto que habeis tomado á empeño matar la república, puesto que esterminais á los republicanos en los caminos y en las horcas, preparaos á gemir en el ostracismo á que con justicia os condenará la restauracion. Los restauradores, condenando á los revolucionarios de Setiembre, serán mas justos que los revolucionarios de Setiembre, condenando á los restauradores. Ellos son mas lógicos que vosotros; sobre todo, tienen mas derechos, porque ellos han creado la tiranía con que vosotros gobernais; ellos han organizado el despotismo con que vosotros oprimis al pueblo español, ellos son los amos naturales de la casa que vosotros ocupais ahora. Ellos tendrán razon, mucha razon, diciendo á los hombres de Setiembre: «Salid de una casa que no es vuestra: dejad un despotismo que no es vuestro, que nos ha

costado nuestro trabajo, y los grandes riesgos que hemos corrido, y el ódio inmenso que nos tiene España.»

«Salid de mi casa, dirá Isabel II: esa inquisicion con que mandais, es mi inquisicion. Ese ódio que inspirais al pueblo, es mi ódio. Dadme mi ódio; dadme mi inquisicion, y marchad á morir en tierra extranjera.»

Isabel II dirá muy bien, revolucionarios de Setiembre, y vosotros no podreis quejaros, ni aun afligiros, porque vuestro oficio es dar razon á la reina espulsada.

Hé aquí, hijo mio, toda la diferencia que se nota entre los progresistas de 1868 y los moderados de siempre. Ambos gobiernan con la política del absolutismo, que ha desolado constantemente á nuestra infeliz patria; pero el despotismo de los conservadores es mas grave, mas sério, mas formal, porque es un despotismo de Estado. El despotismo de los progresistas es mas aturdido, mas ignorante, mas indiscreto, porque es un despotismo sin meollo que se las echa de liberal y de entusiasta, para envenenar toda libertad y todo entusiasmo.

En el despotismo de los Borbones, hay algo de doctrina, de tradicion, de historia: hay algo de escuela.

En el despotismo de los progresistas hay algo de comedia y algo de música: es decir, de charanga, porque su música es una música gruñona.

El despotismo de los Borbones es un despotismo leal, abierto, franco, decidido, evidente: bárbaro, hijo mio; pero se vé venir.

El despotismo de los progresistas es un despotismo medroso, pueril, balbuciente, atolondrado, por-

diosero; un despotismo incómodo por lo insustancial, por lo tonto y por lo chillon.

En fin, hijo mio: el despotismo de los conservadores es un despotismo malvado.

El despotismo de estos progresistas es un despotismo malvado y ridículo.

EL HIJO.—De modo, padre mio, que el despotismo progresista es mas insostenible que el despotismo moderado.

EL PADRE.—Sí, hijo mio; por eso dura menos: es mas insostenible que el otro, porque tiene además... la ridiculez: la ridiculez, y otra cosa mas grave, mas temible: *el suicidio*.

Los progresistas son un bando que se clava á sí propio el puñal, y se rie en la agonía como si estuviera en un festin.

Es un partido... cándido hasta en los momentos de agonizar.

Es un enfermo que no tiene hora lucida... ni aun antes de morir.

Tú sabes, hijo mio, que los moribundos tienen un momento en que se despejan, como si Dios les diese aquel instante de conocimiento final para que se despidan del mundo, ó como si aquel resplandor fuese la llamarada última de la vida.

Pues bien, hijo mio, los progresistas no han tenido nunca esas llamaradas, ni esos resplandores finales. Los progresistas no tienen tiempo ni aun de despedirse: les entra la modorra; bajan la cabeza, y no les alcanza el santolio.

En fin, hijo mio, voy á presentarte, en esqueleto, la situacion de los progresistas. Han usurpado á los Borbones el patíbulo, los destierros y los estados escepcionales.

Han usurpado á los conservadores la amortiza-

cion del Estado y de la Iglesia, la monstruosidad en el sistema tributario, los empréstitos y la centralizacion económica y administrativa.

Nos han usurpado á nosotros los derechos individuales, para falsearlos, y los nombres de radicales y de demócratas, para escarnecerlos.

Lo malo, lo cumplen.

Lo bueno, lo falsean.

Pues, liberales de Setiembre, revolucionarios del 68, progresistas empedernidos ¿cuál es vuestro Gobierno? ¿En dónde está vuestra revolucion? ¿Qué es de vuestra vida? ¿Qué sois vosotros?

¡Ay, hijo! Pido al cielo con todas mis fuerzas que no llegue un dia de desesperacion y de venganza; pero no puedo menos de anhelar que llegue una hora de renovacion y de justicia. Pero dejemos esto aparte, porque si hablamos de los progresistas y de los demócratas, vamos á necesitar todo un libro.

¡Pueblo que nunca aprendes, ahí tienes, el ejemplo! Levanta arcos, amontona escudos, escribe rótulos, graba inscripciones, ilumina las casas con colgaduras, prorrumpe en vivas, toca himnos de Riego, adora ídolos: ¡ahí lo tienes!

El uno fusilado en las carreteras: el otro estrangulado en el garrote: el otro amarrado codo con codo: ¡ahí lo tienes! ¡Anda con músicas! Mira como te pagan; pero ¿cómo quieres que paguen los déspotas?

¿Quiénes tienen la culpa, ellos ó tú?

La tienes tú, que siempre sueñas en adorar á tus tiranos.

Si á los hombres del pronunciamiento de Setiembre no gusta lo que digo, aquí me tienen, como me tenían los Borbones: pueden vengarse en mí,

como los Borbones se vengaron. No temí á unos; no temo á otros. Mi conducta es igual.

¡Oye, hijo mio, oye! Desde el primer dia de la creación; desde que el primer soplo del ambiente circuló por la atmósfera; desde que el primer rayo de sol iluminó el cielo, está sucediendo lo que voy á contarte.

Los ricos, los nobles, los clérigos, los conquistadores, los reyes, los pontífices, están sacrificando al hombre: están sacrificándolo de todos modos: están bebiendo la sangre de su cuerpo, de su trabajo, de su conciencia, de su alma.

Nadie respira; nadie pronuncia una palabra; todo está bien hecho. Y si algunos creen que no está bien hecho, callan; no insultan.

Los papas, los reyes, los magnates, los clérigos, los conquistadores, los nobles y los ricos: es decir, los dueños del mundo, los señores de la humanidad, NUESTROS AMOS, matan, saquean, destierran, trastornan las familias, arruinan las casas: sin embargo, no son ladrones, ni asesinos, ni incendiarios, ni horda de kalmucos, ni aduar de gitanos, ni ranchería de beduinos, ni turba perdida, ni gente canalla.

Muchos de los que hoy nos agasajan con esos amables calificativos, son los que convirtieron á Madrid en un bosque de fieras: son los de la noche de San Daniel: son los monteros y ojeadores de aquella bárbara cacería.

Muchos de los que nos llaman ladrones, son los que mil veces han robado á diestro y siniestro, saqueando á España, como si profesaran ser industriales en Sierra Morena. ¡Sí, hijo mio, sí! Esto es verdad y debe decirse, y salga el sol por donde saliere, si por Antequera no quiere salir. Muchos, infinitos,

de los que nos llaman ladrones, á nosotros que vivimos de nuestro sudor; á nosotros, que tantas veces hemos sido robados por ellos: infinitos hombres de esos mismos que nos han robado tantas veces, nos llaman ladrones... ¿por qué dirás?

EL HIJO.—Lo ignoro, padre mio.

EL PADRE.—Pues llaman ladron al partido republicano, porque les aguija el despecho, la rabia.

EL HIJO.—Y ¿por qué les aguijan la rabia y el despecho?

EL PADRE.—¿Por qué? ¿Quieres que te lo diga?

EL HIJO.—Sí, señor.

EL PADRE.—Les obliga la rabia... porque ellos no pueden robar como antes. Ellos dirán para su sayo: «Ya que nosotros no podemos ser hoy los ladrones de España, diremos que lo son los republicanos.»

¡Sí, hijo mio, sí! Muchos, infinitos, de los que nos llaman incendiarios, han incendiado casas, derribado puentes, destruido ferro-carriles, cortado telégrafos, asesinado criaturas y cuanto han creído conveniente á sus planes, á sus cálculos, á sus ambiciones.

Muchos, infinitos, de los que nos llaman homicidas, han puesto á precio nuestras cabezas, han matado á los hombres sin confesion, á hombres vencidos, á hombres indefensos, á hombres desgraciados, formando piras de cadáveres: han matado á los hombres del mismo modo que se apilan los materiales para levantar un edificio: han matado á las criaturas de veinte en veinte, de treinta en treinta, de ciento en ciento: han matado á las criaturas AL MONTON. Muchos, infinitos, de los que nos llaman homicidas, son los que quemaron en la Inquisicion á nuestros padres: son de los que oyeron el crugido de de aquellos huesos calcinados: son de los que vieron

arder aquellas carnes achicharradas: son de los que vieron brotar de las hogueras aquel humo negro, empapado en gritos, lamentos y dolores de nuestras madres y de nuestras hermanas.

¡Ay! Si toda la sangre que ellos han vertido pudiera juntarse, la sangre humana nos llegaría á la gola. Si todos los dolores que ellos han causado pudieran reunirse, media humanidad se volvería loca de dolor.

¡Callad, hombres crueles! ¡Hombres despiadados, callad! Sino por miedo á tanta víctima ¡callad por respeto á vuestra conciencia, si la teneis!

Muchos, infinitos, de los que nos llaman rebeldes, turbulentos, revueltos, facciosos, han turbado mil veces al país, y mil veces han desmoralizado al ejército, y mil veces han sido exonerados de sus dignidades, y mil veces han sido pregonados como bandidos.

Esos que nos llaman sediciosos, son precisamente los conspiradores eternos de España.

¿De qué nos acusan los carlistas, cuando tienen encima de su cabeza la infame traicion de la Rápita, una guerra civil de siete años, y un sainete, ahora, porque este conato de guerra no ha sido conato, sino sainete?

¿De qué nos acusan los moderados, los hombres de Ardoz y de Valencia, cuando no mandaron sino por ser rebeldes y turbulentos?

¿De qué nos acusan los unionistas, los hombres de Vilcálvaro, cuando no subieron al poder sino por la sublevacion y la apostasia?

¿De qué nos acusan los progresistas del cuarenta, del cuarenta y tres, del cincuenta y cuatro y del sesenta y ocho? ¿De qué nos acusa el señor ministro de la Gobernacion, cuando él compraba pólvora del

rey para echar abajo á los reyes? ¿De qué, por qué acusa á los republicanos, cuando ese ministro maquinaba contra los reyes, hasta con pólvora de los mismos reyes, puesto que compraba pólvora del rey? ¿De qué nos acusa ese ministro: de qué acusa á los republicanos, cuando su cabeza ha estado pregonada, porque conspiraba contra el trono? ¿De qué, por qué acusa á los republicanos el ministro de la Gobernacion? ¿A título de qué es ministro? ¿A título de qué cuenta con poderes para matar á los republicanos?

Y ¿de qué nos acusa el general Prim, que tiene revuelta á la nacion durante dos años, que durante dos años tiene sublevada á toda España, como no ignoran los que gimieron en las cárceles y en los destierros: como no ignoran los que quedaron enterados en tierra extranjera: como no ignora tanto y tanto infeliz que subió las gradas del patíbulo? ¿De qué nos acusa el general Prim, cuya insurreccion dió tanto que hacer al verdugo de los Borbones?

Hijo mio, desde el principio de la creacion hasta nuestros dias, todas las clases han oprimido al pueblo, lo han escarnecido, lo han devastado, lo han deshonrado de mil maneras, y son gentes de ley, hombres de orden, de autoridad, de arraigo, de buenas costumbres, de noble estirpe, *personas decentes*.

Se mueve un dia un pueblo, porque le provocan, porque la oprimen, porque le insultan, porque le obligan á que se mueva, porque se queria que se moviese, porque se tenia el pensamiento de *quitar un estorbo*, para dejar libre el camino: el pueblo se mueve, el pueblo cae en la red que se le tendia, el pueblo fué incauto, fué generoso, porque esto ha sido una VERDADERA GENEROSIDAD: el pueblo se

mueve, repito, y aquí salen en procesion los calificativos de ladrones, incendiarios, asesinos, turba, canalla, gente perdida, horda de kalmucos, aduar de gitanos, ranchería de beduinos, y todo lo demás con que nos agracian esos partidos sin conciencia, á que tantas gracias debe el pueblo español.

Pero ¿qué ha pasado? ¿Lo sabes tú, hijo mio?

Los republicanos ¿han sido ladrones y asesinos en Barcelona?

EL HIJO.—No, señor.

EL PADRE.—¿Lo han sido en Zaragoza?

EL HIJO.—No, señor.

EL PADRE.—¿Lo han sido en Reus, en Béjar, en Barbastro, en Medina-Sidonia, en Algar, en Ronda, Alcira, Balaguér, y tantos otros puntos?

EL HIJO.—No, señor.

EL PADRE.—¿Robaron, mataron, violaron, Fernán Salvochea, Fantoni, el cura Romero y el desgraciado Rafael Guillen? ¿Mataron, violaron, asesinaron, Joarizti, Suñer, Alsina y los hermanos Castejón?

¡No, hijo mio! Esos hombres que llevan escrita en su conciencia y en su entendimiento una idea santa, no son ladrones, ni asesinos, ni incendiarios. Incendian y rompen, cuando es necesario incendiar y romper, porque el coger las armas no es cuestion de asistir á maitines; pero no son incendiarios. ¿Qué se pretendia, hijo mio? ¿Se pretendia que los republicanos hostilizaran y se defendieran, rezando por los muertos ó conversando con los ángeles?

Los republicanos tomaron en Valencia la casa de un hombre muy rico, el mas impopular que allí se conoce. ¿Han faltado algunas riquezas en aquella casa? Ninguna. Un voluntario cogió una pluma disecada que habia de adorno en una mesa de aquella

casa, considerándola, no como objeto de valor, sino como prenda curiosa. Otro le dijo: «deja esa pluma, para que no digan que los republicanos se apoderan de lo que no es suyo, aunque se trate de una curiosidad.» El primer voluntario le contestó: «dices bien,» y dejó la pluma. ¡Allí se han respetado hasta las plumas! ¿Lo oyes, hijo mio? ¡Hasta las plumas! Quizás todos no pondrán decir otro tanto.

Muchos amos de casas y establecimientos comerciales, se vieron en la necesidad de dejar sus viviendas y entregaron las llaves á los voluntarios de la sublevacion. ¿Faltó alguna cosa en los referidos establecimientos? No faltó nada, y ahí está Valencia, toda Valencia, que lo dirá.

Los voluntarios ocuparon diferentes tiendas de comestibles, y acaso alguno de ellos sufrió el hambre durante veinte y cuatro horas. Allí tenia todo lo necesario para satisfacer el hambre que lo devoraba.

¿Se levantó su mano con el fin de coger lo que necesitaba para vivir? Nó, y ahí están los enemigos de la república que pueden decirlo. En la plaza del Mercado, en frente de la Lonja de la Seda, se veia un monton de melones el dia antes de los sucesos. Pasaron nueve dias de privaciones, de conflictos, de honda perturbacion, de desconcierto general. ¿Habia algun vacío, algun hueco en aquel monton de melones? No habia ninguno; no faltaba nada.

¡Allí no faltaba ni un melon!

El Enguerino, ese honrado héroe del pueblo, formó á su gente en una plaza y la arengó del siguiente modo: «*muchachos, al que me robe un alfiler, se lo clavo en la lengua.*» ¿Se hallaron despues alfileres clavados en la lengua de algun Enguerino? No se halló nada. Todos hablaban alto y claro, porque sus lenguas estaban libres. Cuando la probidad de una

idea política da tal limpieza á la conducta de los hombres, no hay mas que ser lo que esa idea diga que seamos. Esa idea es la idea republicana, y ella manda que los hombres sean republicanos.

EL HIJO.—Tenga Vd. la bondad de decirme, padre mio: ¿obrarón todos con la misma moralidad, con la misma virtud? ¿No faltan en Valencia muchas ropas, muchos relojes, muchos cubiertos, muchas cadenas y muchas sortijas? ¿No han circulado por Madrid mil objetos traídos de aquella nobilísima ciudad.

EL PADRE.—Hijo mio, no sé nada de eso, no quiero saberlo y me contrista profundamente la necesidad de presumirlo. ¿No te amarga, no te tortura el corazon, el representarte á un español saqueando á los españoles? En fin, hijo mio, no hablemos de esto, despues de haber hablado de la pureza, de la honradez sin mancha de los federales valencianos.

EL HIJO.—Padre mio, yo creo que los voluntarios deberian formar un libro titulado: *proceso de la sublevacion valenciana*, y esto mismo debió hacerse en Cádiz, Málaga y Jerez. De este modo se hubiera dado á cada uno lo que era suyo.

EL PADRE.—Hijo mio, hablemos de otra cosa que es una alegría, un blason y una grande esperanza para nuestro pueblo, para la Europa y para el mundo. Hablemos de lo sucedido en Valencia.

Las hermanas que estaban acogidas en el convento de San Gregorio, tuvieron que salir porque el edificio se desplomaba bajo las bombas. ¿Quién las salvó? Allí aparecieron unos hombres del campo, unos hombres de Enguera, en cuyos brazos casi se desmayaban aquellas infelices mujeres. Así las sacaron del convento, en medio del continuo disparo que se hacia desde la plaza de Galindo y calle

de la Sangre, el cual dificultaba el paso por la calle de Gracia y Adresadors.

Esos labradores, esos hombres rudos, que casi conducian en sus brazos á las hermanas medio desmayadas, eran republicanos.

Otros hombres acuden, recogen y custodian los ornamentos de la iglesia, entregándolos luego á las superiores. ¿Ha faltado algun ornamento, alguna alhaja, algun alfiler? No ha faltado nada.

Esos hombres eran republicanos, lo son, si viven, ¡Ojalá que vivan!

Clama un sargento en medio de la calle: pide misericordia, porque está herido: las balas se cruzan, y sin miedo á las balas, acuden hombres que traen en brazos á su enemigo, al que les hacia fuego, al que poco antes les mataba.

Esos hombres son republicanos.

Cae un soldado arrojando un grito: lo oye un voluntario, vuela hácia allá, en medio del fuego de de fusilería; lo coje; se lo pone en la espalda; corre presurosō, y lo conduce al hospital de sangre.

Antes no huia; ahora huye con aquel hombre, que es su contrario, porque teme perder la vida de aquel infeliz. Ama aquella vida mas que la suya: y no hay tesoros en el mundo, no hay flores en los campos, no hay himnos en la inspiracion de los poetas, no hay lágrimas en el corazon de las madres para recompensar aquel amor santísimo.

Ese hombre, ese hombre grande, ese santo, ese héroe de la verdadera moral, de la verdadera justicia, de la verdadera religion, es un republicano.

¡Deja que nos llamen ladrones y asesinos! ¡Deja que graznen esos cuervos! Hijo mio, dí á los hombres de todos los partidos que dividen á España: dí á los hombres que no profesan opinion: dí á los ni-

ños y á los ancianos: dí á las mujeres: dí á todo el mundo que venga á oír y á reverenciar lo que á sucedido en Valencia. Diles que vengan, no solo á oír sino á verter lágrimas. Sí, hijo mio, oyendo lo que ha sucedido en Valencia, es menester *oír y llorar*.

El Gobierno constituido bombardea el edificio en que se abrigan las hermanas de cierta órden religiosa, y á través de las balas, de los cascos de bomba, de los edificios desplomados; pisando proyectiles y ruinas, acuden unos hombres que se llevan en triunfo á esas hermanas y al Santísimo Sacramento.

Esos hombres son los republicanos, la turba, la canalla, el aduar de bohemios, la ranchería de beduinos.

Y esos mismos hombres, con la cara tiznada por la pólvora, con los ojos ardiendo por el calor de la pelea, con las manos húmedas por la sangre de sus heridas: esos hombres clavan las rodillas en tierra, y presentan las armas á Jesucristo sacramentado.

La ciudad de Valencia no debe unir á su fama de noble y de bella, el título de heróica: no debe llamarse la noble, la hermosa, la heróica ciudad de Valencia. No debe esclamar: *con razon me llamo Valencia del Cid*. Esto es poco. Valencia, hijo mio, tiene una gloria infinitamente mayor. Valencia ha practicado la virtud mas grande, mas cristiana, mas valerosa, mas sublime: ha practicado lo que es tan difícil practicar, lo que practicó Jesucristo: HA PRACTICADO LA CARIDAD DENTRO DE LA GUERRA, LA LEY DEL AMOR DENTRO DEL ÓDIO.

¡Hijo mio, oye esto y destócate!

¡Hombres de todos los partidos, oidlo y destocáos!

¡Ahí teneis la ranchería de beduinos!

¡Ahí teneis el aduar de bohemios!

## Conferencia segunda.

EL HIJO.—Se dice, padre mio, que los republicanos han asesinado en Tarragona.

EL PADRE.—Ya sé, hijo mio, que eso se dice. Y yo pregunto: ¿sabe alguno lo que ha pasado en Tarragona? ¿No habria interés en inutilizar á ciertos hombres? ¿No habria interés en promover un alboroto para desarmar á los voluntarios de las ciudades *mas temibles*? ¿Por qué razon abandona su puesto el gobernador de Tarragona? ¿Por qué se va y delega en un hombre que tuvo valor para aceptar el desdichado oficio de víctima?

Y ¿por qué no se forma causa al gobernador que abandona el gobierno que le estaba encargado?

Yo pregunto: ¿por qué el ministro no ha mandado que se le forme causa?

Pregunto además: ¿puede mandarlo?

¿Quién sabe si el crimen cometido en Tarragona tiene su cómplice en Madrid!

Pero demos de gracia que el ministro de la Gobernacion es un santo, que es un santo el gobernador de Tarragona, que es un mártir el desgraciado secretario de aquel gobierno.

Un español, un hombre, un agente público, ha sido inicuamente asesinado. Ya ves, hijo mio, que concedo algo mas de lo que debo conceder, por mas que quiera concederse.

Vuelvo á preguntar: todos los republicanos de Tarragona; todo el pueblo de Tarragona ¿puso las manos en el muerto? ¿Todo el pueblo de Tarragona le asesinó? ¿Todo el pueblo de Tarragona le clavó el puñal?

Yo digo y juro que esto no pudo ser. ¡Nó, mil

veces nó! Un pueblo no asesina, y menos que otro pueblo cualquiera, el honrado pueblo catalan.

Un hombre, dos hombres, tres hombres, hicieron una muerte.

¡No mató el pueblo de Tarragona! ¡No mató el partido republicano! Y si hay alguno que nos eche en cara esa sangre, los republicanos se la vuelven al rostro. Los republicanos no son, ni serán asesinos; no pueden serlo; no podrán serlo nunca, porque si un dia lo fueran, desde aquel punto y hora dejarían de ser republicanos.

Son republicanos los que valientemente se han batido en las calles de Barcelona, en las calles de Zaragoza, en los campos de Cataluña y de Andalucía.

Son republicanos los que valientemente se han batido en las formidables barricadas de Valencia.

Son republicanos esos valientes que no han sido vencidos, sino bombardeados.

No acudais á las bombas; no os armeis con armas desiguales, armas terribles que el pueblo no tiene, y vereis como una sola ciudad de España es el sepulcro de medio ejército español. Y téngase en cuenta que no deseo el esterminio de ningun hombre. Al hablar del ejército español, hablo de españoles, hablo de hombres, hablo de hermanos míos, cuya sangre cae tambien sobre mi corazon. Al llorar por los muertos, lloro sobre todas las sepulturas, pues todas ellas merecen una lágrima y un laurel: las unas, el laurel seco de la obediencia: las otras, el laurel glorioso, el laurel verde, el laurel eterno de la libertad. ¡Sí, hijo mio! Los unos son héroes, peleando por un tirano: los otros son héroes, peleando por todos los hombres.

EL HIJO.—Pero, padre mio, se dice tambien que los republicanos de Andalucía impusieron la pena de

muerte á todo aquel que no acudiera para tomar las armas.

EL PADRE.—Hijo mio, no sé lo que ha pasado en algun punto de Andalucía, porque ya se sabe que los contrarios adulteran los hechos, y lo convierten todo en sustancia propia. Pero admitamos que en alguna localidad, como en Arcos de la Frontera, se haya amenazado con la pena de muerte al que no acudiese para defender la república, tomando las armas. ¿Tienes tú noticia, hijo mio, de que en esa localidad se ha matado á nadie por no cumplir el bando en cuestion? ¿Tienes noticia de que ese bando fué otra cosa que una simple amenaza?

Pero supongamos, hijo mio, que se impuso realmente la pena capital á todo aquel que, estando dentro de las condiciones del bando, no se presentó para los fines que aquel bando se proponia.

Ese bando ¿era una manifestacion del partido?

Ese bando ¿era un programa del partido?

¿Has visto tú, ha visto alguno, que en un programa del partido republicano se imponga la pena capital?

¡Nó, mil veces nó!

¿Con qué derecho se imputa á la república lo que hace un republicano, obligado por apremiante necesidad, en la víspera de una batalla? Si se imputa á un partido lo que hace un hombre, dos hombres, cien hombres en circunstancias anormales y peligrosas, en casos extremos, no hay partido posible.

Pero supongamos mas todavía, hijo mio. Supongamos que aquel edicto que imponia pena capital á todo aquel que no se presentase á tomar las armas, era un programa del partido republicano. Supongamos que el autor del bando no obró de su

cuenta, sino que obró por autorizacion de su partido. Creo que no fué así; pero lo supongo.

Yo te pregunto: cuando un partido, sea el que fuere, apela á las armas; cuando acude á la fuerza para el cumplimiento de sus principios; cuando está empeñado en la pelea; se halla en la via del derecho? ¿Debe pedírse cuenta á un revolucionario como á un Gobierno constituido? ¿Puede un Gobierno destruir un puente, un ferro-carril, un hilo telegráfico, sin una razon de utilidad comun? ¿Puede destruirlos por la necesidad de destruir?

No: un Gobierno no tiene esa necesidad; un Gobierno no tiene la necesidad de la destruccion.

Y ¿puede imputarse á un ejéctico, á una partida, á una fraccion política cualquiera, el destruir un hilo telegráfico ó un ferro-carril, cuando esta dolorosa destruccion sea necesaria para salvarse?

Hijo mio, no hay nadie en el mundo que no haya destruido, cuando es necesario que destruya para alcanzar el triunfo de su causa, ó para salvar su propia vida. Si los mismos santos guerrearan, los santos cometerian ciertos desmanes, porque estos desmanes no serian desafueros de los santos, sino desafueros de la guerra.

Santo era San Fernando, y tomó á Sevilla á sangre y fuego, y si pudiéramos saber lo que pasaba en esas empresas, nos llenaríamos de horror. Esto significa que hasta los santos cometerian desafueros, si peleasen, como los cometian cuando los santos peleaban.

Yo condeno terminantemente todo aquello que contradiga la religion de nuestros principios, porque nuestros principios son los mas religiosos, porque nuestra justicia es la justicia mas estrecha y mas rigurosa: condeno toda tropelia contra el derecho hu-

mano, puesto que nuestra idea es buscar al hombre para devolverle lo que la tiranía le ha usurpado desde el principio de la creacion: condeno y deploro toda demasía contra el espíritu de nuestra santa causa; pero conozco que la guerra es en algunos casos una tropelía que hace necesaria el despotismo, y que los despropósitos que se cometen, vienen mas de una vez, no de la conciencia del hombre, sino de aquella necesaria tropelía.

En una palabra, la guerra es la conquista, no la práctica, no la realizacion del derecho, y yo sé que el digno español que amenazó en Arcos con la pena de muerte, nos libraria mañana de la barbarie de los patíbulos y de los verdugos.

Respecto de otras cosas, hijo mio, no debo hablarte. El republicano José Paul es un dechado de severidad y de honor, y en donde él está, no puede haber mas que acciones limpias y decentes. El partido republicano lo dice con orgullo, y nadie puede tener derecho para privarnos de nuestras legítimas glorias.

Estudia, hijo mio, lo que ha sucedido en la revolucion de todos los pueblos de la tierra: estudia lo que ha sucedido en la revolucion de América, de Alemania, de Inglaterra, de Francia, de Italia, de los Países Bajos, de la antigua Flandes, de Portugal y hasta en nuestras contiendas interiores, estas contiendas que son desdichas, desdichas provocadas por fanáticos y por déspotas, por frailes y reyes.

Estudia lo que ha sucedido en las revueltas que han sustentado esos tiranuelos, que se han repartido tantas veces los girones de España; girones empapados en la sangre de un pueblo inocente: fija los ojos por un momento en esa centina de crímenes, y verás como lo acontecido en la sublevacion pasada

no merece la pena de que se echen las campanas á vuelo.

Ya dije, y lo vuelvo á decir, y lo diré mil veces, que quien asesina, es asesino.

Que quien roba, es ladron. Que quien violenta á una mujer, es un mónstruo.

¿Habrá un hombre tan desalmado que se atreva á decir que la república asesina, roba y violenta á las mujeres?

Nó, no puede haberlo.

Dime: ¿no se cometieron desmanes por la tropa en Cádiz y Málaga? ¿No faltó dinero en algunas casas ocupadas por los soldados? ¿No tuvo que llorar ninguna mujer la demasía de un licenciado? ¿No hay ningun secreto contra el pudor? Yo no lo he visto, no lo juro, porque detesto deshonorar á nadie, y te prometo que si conociera los nombres de los delinquentes (si los hubo) no los escribiría aquí por no infamar á los españoles, por no infamar á nuestra patria. Sí, hijo mio, no los escribiría, aunque me dieran los tesoros del mundo. Entiende que cuando me veo en el terrible trance de tener que hablar mal de los hombres, lo hago gimiendo y parece que el alma se me vuelve atrás. No ví los desmanes cometidos en la heróica Cádiz; pido á Dios que no sean verdaderos, mas los informes que me han dado personas de palabra, no me permiten regocijarme con la absoluta seguridad de la inocencia.

Y ¡qué! ¿No aseveran muchos testigos de la ciudad de Málaga que un soldado sacó á una criatura en la punta de la bayoneta?

¿No aseguran muchos testigos de la ciudad de Málaga que la tropa hizo fuego sobre unos paisanos que se habian recogido en un oratorio, como quien se acoge á un asilo sagrado?

¿No aseguran personas fidedignas de la ciudad de Málaga que la fuerza pública entró en una posada, donde no respetó ni aun la vida de los inocentes arrieros?

¿No te espanta esta crueldad, hijo mio?

EL HIJO.—Señor ¿no ha de espantarme?

EL PADRE.—Ya puedes presumir ¡qué no se hubiera dicho si estas crueldades inauditas se hubiesen cometido por los republicanos!

Y ¡qué! ¿Puede decirse, puede decirlo nadie, que de este modo obran los militares españoles? ¿Puede decir nadie, que no esté loco, que el ejército español hurta, viola á la mujer, mata á paisanos recogidos en una iglesia, asesina á pobres arrieros que están tranquilamente en una posada, y que ensarta á niños de pecho en las puntas de las bayonetas?

¡No, hijo mio, no! Hay que poner las cosas donde deben estar. El ejército de nuestra infeliz patria no es hoy republicano; el ejército es nuestro enemigo, el único enemigo que impide el triunfo de la república; pero la enemistad política no autoriza el insulto. El ejército español no es responsable de lo que hace en su embriaguez un recluta desenfrenado.

Reunamos á todo el ejército español; hagamos que parezca un soldado con su fusil, cuya bayoneta está todavía teñida en sangre.

Una voz pregunta al soldado: «¿Qué sangre es esa?»

El soldado responde: «es la sangre de un niño de pecho, que atravesé en una cuna, y que saqué á una calle de la ciudad de Málaga, mostrándolo en la punta de mi bayoneta.»

Hijo mio ¿qué te parece que diria el ejército á ese español bárbaro, á ese hombre salvaje?

EL HIJO.—El ejército no diria nada, padre mio: en esos casos nada se dice, porque nada se puede decir. El ejército gritaría, clamaría, levantaría un rumor unánime, fervoroso, inmenso, contra aquel verdugo de un inocente que no sabia hablar.

EL PADRE.—Tienes mucha razon, hijo mio. Me parece que oigo ese rumor inmenso de que hablas, y me gozo creyéndolo oír, porque, hijo mio, hay que creer en esa virtud de los hombres para poder vivir sin remordimiento. El dia en que el mundo pierda la caridad que vela por la vida de un niño, será necesario dar un veneno al mundo. Yo que siento matar una mosca, se lo daría.

Pues bien, hijo mio; así como nosotros, los republicanos, no imputamos á todo el ejército el frenesí de la soldadesca ¿por qué nos imputan á nosotros ferocidades y tropelías que nosotros somos los primeros en aborrecer?

Oye, hijo mio, lo que se dice que pasó en Valencia. Un grupo de soldados atacaba una barricada. Habian muerto el comandante, el capitan, el teniente, el alférez, y quedó el sargento á la cabeza de la compañía. El sargento levanta las manos y grita ¡viva la república! los soldados levantan las culatas de los fusiles, y se dirigen hácia la barricada en demostracion de pasarse. Los defensores de la barricada se disponen á recibir á sus nuevos hermanos, prorrumpiendo en gritos de alegría: en este instante se oye una descarga: una descarga que es una vileza, una traicion, una felonía inconcebible. El sargento, que habia hecho ademan de pasarse, gritando ¡viva la república! mandó hacer fuego sobre los defensores de la barricada, cuando los defenso-

res de la barricada, abriendo los brazos esperaban á los que no creían enemigos. La mayor parte de los republicanos quedó tendida en tierra.

¿Sería justo que ahora se dijese que los militares de España son unos traidores? ¿Hemos de castigar á todos con la vileza de aquel desgraciado sargento, y digo desgraciado, porque no hay desgracia como el ser traidor, y un traidor tan vil?

¡No, hijo mio, no! Es natural que la pasión nos mueva; pero no es natural que nos quite el conocimiento, y que nos lleve á deprimirnos y desgarrararnos.

Todo eso de muertes, de robos, de violaciones, no alcanza al partido republicano. No alcanza al pensamiento de la república, cuyo sistema es el modelo mas intachable del gobierno humano, y ahí están los dos pueblos que ese gran sistema ha creado para asombro y envidia del mundo.

¿Sabes, hijo mio, cuáles son los dos pueblos en que no se mata, ni se roba? Son la Suiza y los Estados del Norte de América: son las dos naciones verdaderamente republicanas.

¡No! ¡No roba, no mata la república! ¡No mata una generación que viene á la vida con una idea fuerte, generosa, expansiva, cristiana; una idea que por todas partes se estiende, que se hace grande, inmensamente grande, para recibir en su seno todos los dolores de la historia: una idea que redime el verdugo, porque mata la horca: una idea que *mata á la muerte*: una idea que funde el hierro de los patíbulos con el fuego sagrado de su caridad.

¡No temais, españoles! Los enemigos de la república tienen interés en decir que los republicanos van á mataros, á robar vuestras casas y á deshonestar vuestras esposas y vuestras hijas. ¡Es falso, es-

pañoles! ¡Quien eso dice, miente! La república es la salvaguardia mas segura de vuestra honra, de vuestra hacienda y de vuestra vida. La república es el cumplimiento y la práctica del cristianismo. La república es la salvacion de las sociedades, como el cristianismo es la salvacion de los hombres.

La república debió venir antes de Enero; hubiera venido, si los insultos de un ministro no nos hubiesen precipado; pero ya que no vino en 1869, vendrá en 1870, y vereis cómo en medio de las dificultades de toda mutacion radical, nuestro sistema es la ley verdadera del hombre, porque es una copia de la verdadera ley natural.

¡Mañana tendreis que bendècirla! ¡No la maldigais antes de conocerla!

EL HIJO.—Y ¿qué vé usted en la venida del nuevo rey?

EL PADRE.—Veo lo que vé todo el que tiene vista. Veo lo que ven los ciegos. Veo lo que no ven los progresistas, porque los progresistas españoles son mas ciegos que los mismos ciegos. Este rey viene para poner término á la interinidad que turba y amenaza á los setembristas; pero vendrá en vano. Y no solamente vendrá en vano, sino que aumentará las dificultades.

EL HIJO.—¿Por qué, padre mio?

EL PADRE.—Porque el rey que se busca, no llegará á fundar una dinastía; esto es, no creará una situacion definitiva, seguira, fuerte, que salve al Gobierno de la necesidad revolucionaria, cuya necesidad es inexorable, como todas las urgentes necesidades de la vida. En una palabra, el rey que se busca no llegará á fundar *el realismo*; el monarca no llegará á fundar la *monarquía*, y será otro *interin* añadido al *INTERIN* de hoy. De donde resulta que en

vez de concluir con el interin actual, nos van á traer el interin futuro. ¿Lo entiendes, hijo mio?

EL HIJO.—No, señor, no lo entiendo. Yo no me esplico ese nuevo *interin* de que V. me habla.

EL PADRE.—Una de dos: ó el rey que se busca es un hombre ó un niño: es decir un *mamon*, como dice un famoso unionista.

Si es un hombre, la interinidad no acabará, porque la Europa dice que ese rey que venga, es un rey interino.

Si el rey es menor, no es tal rey; y si lo que hace falta es un rey ¿con qué fin nos traen un rey que no es rey?

Si lo que necesitan es un rey, y el rey que nos traen no es tal rey, es incuestionable que no traen nada. Esto no hará otra cosa que añadir la interinidad del rey á la interinidad del regente, y hé aquí cuál será el verdadero cuadro de nuestra situacion.

Un rey interino: un regente interino: dos interinidades para evitar una interinidad.

¡Sí, hombres del Gobierno! Para evitar una interinidad, arrojaís sobre España y sobre vosotros dos interinidades. Y si una basta para devorar á un Gobierno, escuso deciros qué ha de pasar cuando se juntan dos.

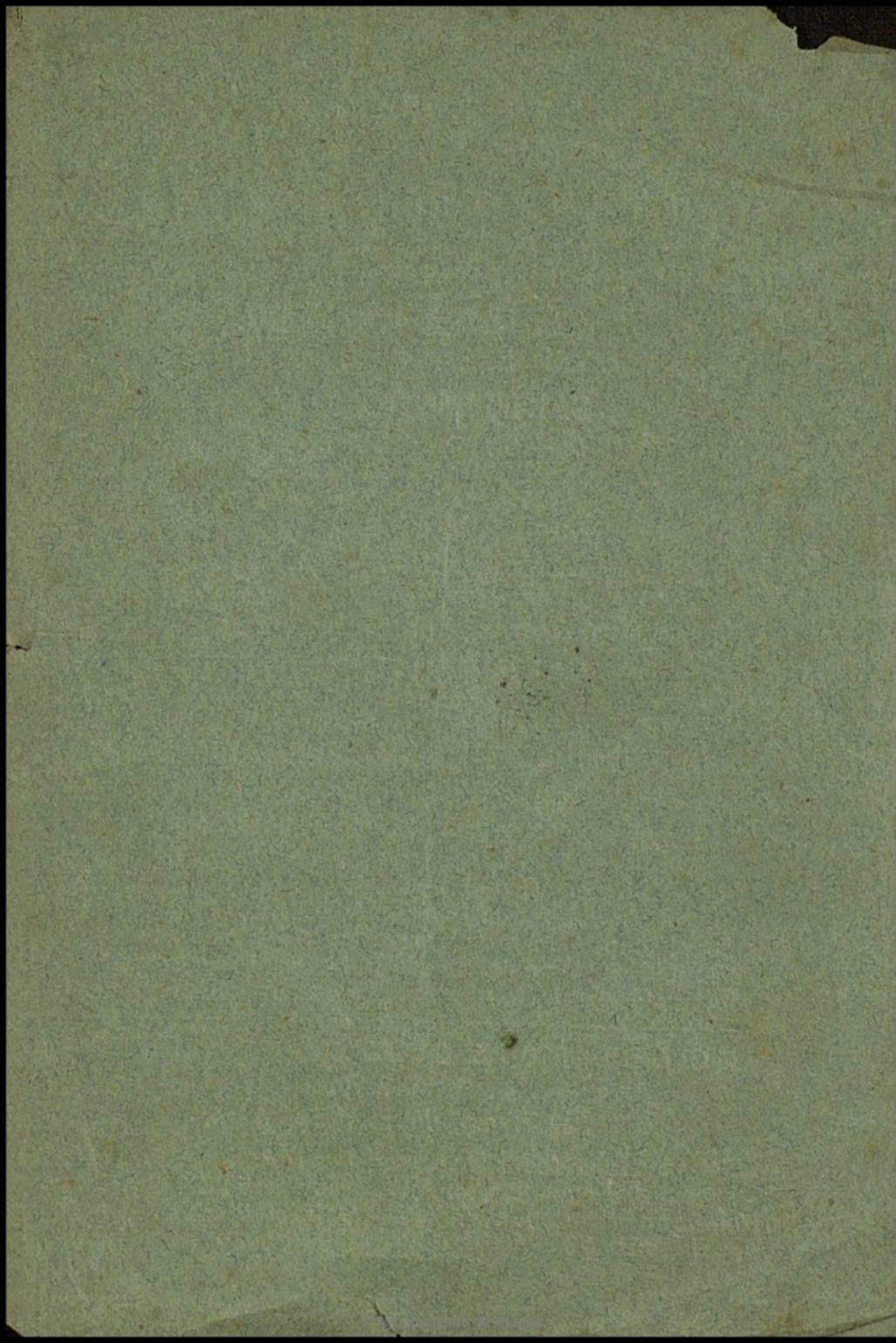
Venga ese rey á España; pero ; *Dios salve al rey!*

Vaya á ese Méjico Maximiliano; pero ; Dios salve á Maximiliano!

EL HIJO.—¿Está V. seguro de lo que dice?

EL PADRE.—Perfecta y absolutamente seguro. Entre un muchacho saboyano y la República española: entre un chiquillo extranjero y España ¿quién que sea español puede vacilar?

Para verdades, el tiempo;  
y para justicias, Dios.



## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

### **TEORIA DEL INFIERNO O LA LEY DE LA VIDA.**

Un tomo en 16.<sup>o</sup> prolongado. impresion muy compacta, de 219 páginas. Vale 6 rs. en toda España.

### **CARTAS A PIO NONO.**

Su precio en toda España, franco de porte, 4 rs.

### **CARTILLA RELIGIOSA.**

Su precio en toda España, franco de porte, 4 rs.

### **CARTILLA POLÍTICA.**

Vale cada ejemplar en toda España, franco de porte, 1 rs.

### **LA FEDERACION ESPAÑOLA.**

Su precio en Madrid y provincias, franco de porte, 3 rs.

### **EL EVANGELIO DEL PUEBLO.**

Su precio es 4 rs. en toda España.

### **CONVERSACIONES CON EL PUEBLO ESPAÑOL.**

(Primera y segunda parte.)

Su precio en toda España, franco de porte, 4 rs.

Los pedidos de estas obras se dirigirán al editor, José María Faquinet, plaza de San Millán, núm. 11, 2.<sup>o</sup>, acompañando el importe como al suscribir le sea más cómodo; también se hallan de venta en Madrid en las librerías de Cuesta, S. Martín, Gaspar y Roig, Durán, Escribano y Leocadio López.

---

### **CALENDARIO DEMOCRÁTICO REPUBLICANO**

para 1870,

*Por Manuel Fernández Herrero.*

Se expende en todas las principales librerías de la Península a 4 cuartos ejemplar, 13 rs. los cincuenta, 24 los ciento y 110 los quinientos. Los pedidos á Gabriel Díaz, calle de Jesús y María, núm. 29.